

LA PROTESTA

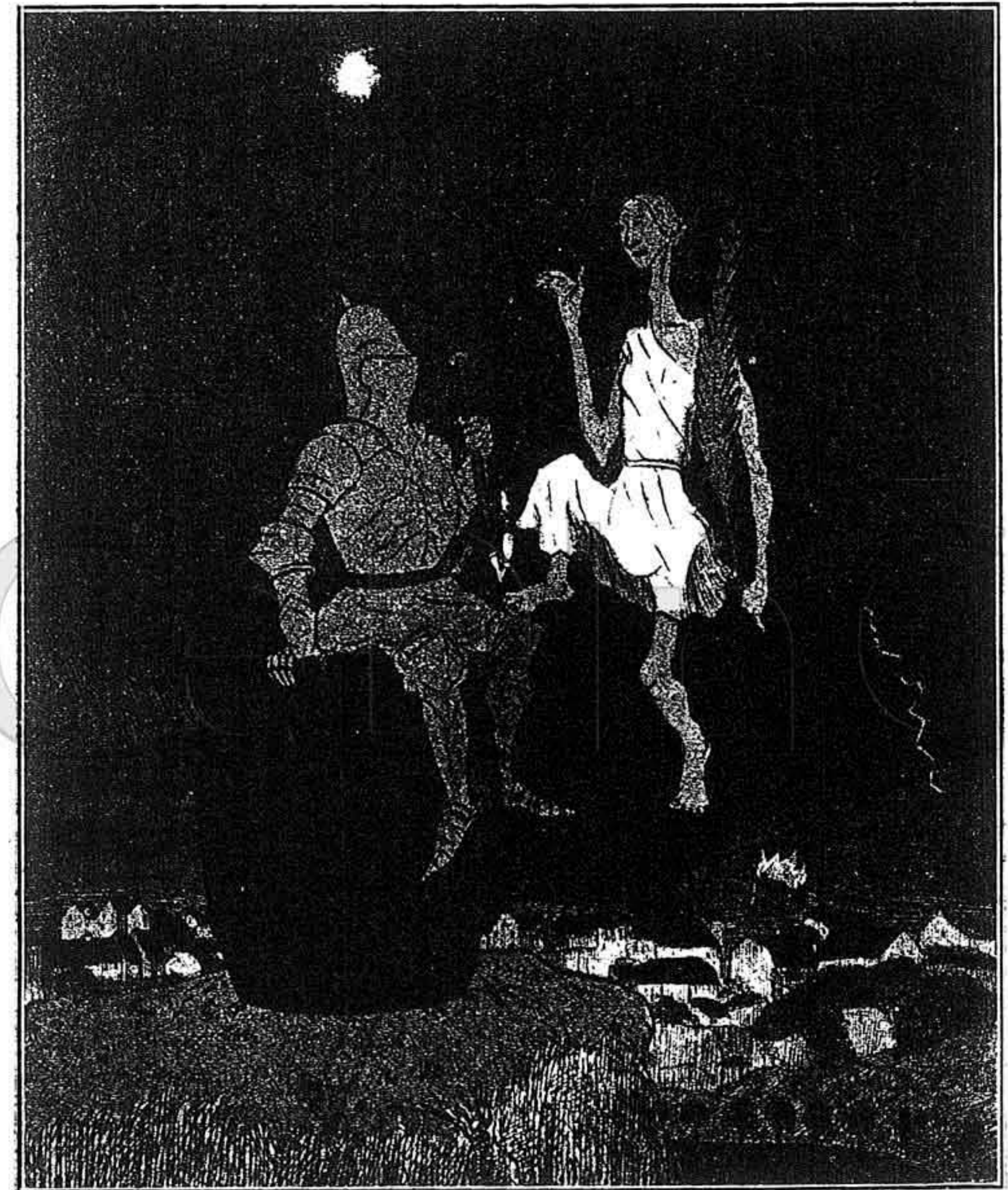
SUPLEMENTO QUINCENAL

N.º 305
AÑO VIII

BUENOS AIRES, 6 DE MAYO DE 1929

El ejemplar
20 Centavos

PORTE PAGO



SUMARIO DE ESTE NUMERO:

MAX NETTLAU: Algunos documentos sobre los orígenes del anarquismo comunista (1876-1880)
E. LOPEZ ARANGO: Ideas y ética. El anarquismo y la delincuencia—LUIS FABBRI: El gobierno de la familia—M. SÉVERINE: Su piedad. Relato. La supremacía del saber—
EDUARDO MILANO: El primer paso hacia la anarquía (conclusión)—PEDRO
GODOY: La vida al día—E. DE LA BOÉTIE: La esclavitud voluntaria—
La Iglesia y los ricos—Luisa Lallana—Bibliografía

Ann. I. Buenos Aires, 13 de JUNIO de 1907. Núm. 9

PRECIO 5 centavos **LA PROTESTA** PORTE PAGO

DIARIO DE LA MAÑANA

Trabajadores: El vocero de las rebeldías populares, el látigo que fustiga a los tiranos y a los malvados; esta antorcha de luz que ilumina el camino de la emancipación a los pueblos irredentos-LA PROTESTA-pregona todos los días la necesidad de que el proletariado se capacite en el estudio de los problemas que le afectan.

Los que alienten en su pecho ideas generosas y sientan en su corazón palpitar el ideal redentor, encontrarán en LA PROTESTA el impulso animador de sus energías y la voz fraterna que habla de los dolores, de las angustias y de los anhelos de los esclavos insumisos.

LA PROTESTA está escrita por trabajadores, para trabajadores. Pregona siempre el ideal redentor, la justicia social, el odio santo de los oprimidos y vejados por el capital y el Estado. Es vuestro paladín, vuestra barricada, trabajadores.

¡Pedid LA PROTESTA y el SUPLEMENTO a los canillitas!

MAX NETTLAU

Algunos documentos sobre los orígenes del anarquismo comunista (1876-1880)

Asistimos desde hace algún tiempo al esfuerzo de los anarquistas para volver de las uniformidades canonizadas en ideas a la variedad viviente que es la verdadera vida. ¿Con qué derecho aspiraríamos nosotros a criticar, a revolucionar, a renovar la vida social del globo entero, si no sabemos nosotros mismos tolerar a nuestro lado a un camarada que difiere aunque sea poco en concepciones económicas, organizadoras, tácticas y demás, de nuestras propias concepciones? Si tres anarquistas de matices diversos no pueden tolerarse y respetarse mutuamente, si el que se figura que tiene razón sobre algún detalle, se cree con derecho por eso a injuriar, a vituperar a su camarada con la determinación de apesadumbrarle, de humillarle, de aplastarle, si es posible, entonces ¿cómo 300, 3.000, 3.000.000, trescientos millones podrían aceptar una anarquía de la cual cada representante está más o menos con el cuchillo fuera frente a sus camaradas, si no está bajo el anatema de las opiniones colectivas de algún grupo fanatizado? No vacilo en decir que es el espíritu de la dictadura lo que se manifiesta por esa intolerancia, y así como hemos visto el espíritu autoritario de las polémicas social-demócratas tomar carne y hueso en la represión física, en la prisión o en la muerte, de los adversarios socialistas en la Rusia soviética ¿se cree que esa triste evolución quedaría ahorrada a la anarquía, si uno de sus matices llegara a ser poderoso y entrase en posesión de los medios para reprimir a los demás? No, es preciso proscribir ese espíritu intolerante y persecutor de nuestras filas desde ahora, o de lo contrario crecerá y no se irá más.

Como rechazamos el panmarxismo, igualmente rechazamos el pancomunismo y el panindividualismo en anarquía. Como rechazamos el nacionalismo y deseamos el verdadero internacionalismo, debemos desear también lo que yo llamaría el *intersocialismo* y la *interanarquía*, es decir, al lado de la igualdad, de la amistad, de la tolerancia y el respeto mutuos entre las naciones, la prevalencia de los mismos sentimientos y de la misma conducta, entre todos los matices del socialismo y de la anarquía. El adjetivo económico será entonces puramente descriptivo, como ocurre en ciencia natural para el animal o la planta, y no afirmativo, triunfador, proclamador de la verdad única. Como la especie blanca u oscura o gris, grande o pequeña, de la llanura o de la montaña de un género de pájaros o de hierbas, es considerada de valor igual y se mantienen pacíficamente en la naturaleza y eso en billones de casos y desde todos los tiempos, así verdaderamente también el anarquista comunista, el colectivista y el individualista podrán convivir amistosamente — sino serían pro-

ducciones por completo antisociales y dictatoriales, verdaderas excepciones.

Esta vez quisiera remontarme a los orígenes de la situación presente, con ayuda de documentos inéditos o raros de los primeros tiempos del *anarquismo comunista*, de los años 1876 a 1880.

Se sabe que ya en el otoño de 1874 James Guillaume compuso, resumiendo las ideas corrientes para él y no creyendo producir un programa nuevo, sus *Idées sur l'organisation sociale*, publicadas sólo en 1876; declara allí el trabajo y la distribución según el principio comunista ulteriormente deseable, pero dependiendo en su realización práctica del grado de abundancia en cada caso, y deja a los grupos la tarea de arreglarse como quieran, es decir por sistemas menos libres y amplios, si es preciso, hasta la introducción del comunismo integral en la hora propicia, cuando la abundancia y otras circunstancias favorables lo permitan. Esa era, pues, la libertad de los arreglos económicos altamente proclamada y la anarquía era entonces una en aspiraciones, *variada en aplicaciones, solidaria e individualmente matizada a la vez* — todo lo que era preciso a una idea viviente y progresiva.

También, cuando en 1876 Dumartheray hizo aparecer su folletito, cuando Reclus pronunció su discurso anarquista comunista en Lausanne, cuando los internacionales italianos en Florencia se pronunciaron por la distribución en comunismo del producto del trabajo, los anarquistas colectivistas, los del producto integral, no se conmovieron, no se vieron amenazados. Dejaron a esos camaradas la libertad enteramente natural de pronunciar esa opinión y se atuvieron a la suya.

En 1877, la propaganda pública en Italia fué obstaculizada por las persecuciones, Cafiero, Malatesta y tantos otros fueron a la cárcel ("la banda del Matese"). Andrea Costa, refugiado en Suiza, anarquista comunista, como los otros italianos desde el otoño de 1876, hizo mucha propaganda entonces en Suiza, o en el ambiente colectivista de la Federación Jurasiana, y formó parte, con los jurasianos, Paul Brousse, Kropotkin y uno de los delegados de la Federación española, de una conferencia íntima, desconocida hasta aquí y que yo conozco por una carta de Paul Brousse del 17 de abril de 1880 que se me comunicó hace pocos meses — celebrada en La Chaux-de-Fonds (Jura) antes de que los participantes partiesen para los dos congresos internacionales habidos en Bélgica, en Verviers y en Gante en septiembre de 1877. Se creó allí el grupo internacional íntimo, es decir la última reencarnación de la Alianza secreta de 1872 que fué la continuación de la sociedad secreta fundada por Bakunin en 1864 y refundida en

1868 y quizás en 1869 también. De esa *intimidad internacional*, como Brousse la llama, fué Pedro Kropotkin, el secretario corresponsal del comité. Había allí, pues, al lado de los jurasianos, franceses, españoles, Kropotkin, colectivistas, y el italiano Costa, comunista, y se habían pronunciado por "la autonomía de las intimidades nacionales", es decir por reconocer mutuamente el derecho del grupo secreto de cada país a establecer su táctica especial.

En el congreso de la Internacional celebrado en Verviers, 6-8 de septiembre de 1877, según las notas manuscritas inéditas tomadas en gran parte por Kropotkin, el cual, con Emile Piette y Jules Montels, fué secretario del congreso, notas conservadas sólo en parte y muy sumarias, pero que completan mucho el parco informe publicado (v. J. Guillaume, *L'Internationale*, IV, pág. 258-265), en la séptima sesión se ve a Rodríguez (J. García Viñas) decir, como ha notado Kropotkin: "...Queremos la colectividad de los instrumentos de trabajo, pero de la colectividad de los productores (no del Estado), así como la tierra. Pero eso en la autonomía de cada colectividad de productores, y cada cual recibe según su producción"...

Costa: "...Para mí, no sólo la tierra y el capital son instrumentos de trabajo, sino nuestro alimento, vestidos, etc. Una vez que admitimos que los instrumentos del trabajo deben ser propiedad colectiva..., no podemos determinar la parte de cada uno en la producción. Es precisamente por eso que se propone el Estado (se discutió el comunismo autoritario alemán). A cada uno según su voluntad. Nosotros queremos también el comunismo, pero sólo que no queremos que sea autoritario".

El estado imperfecto de estas notas de Kropotkin es deplorable, pero irremediable. Se da cuenta uno sin embargo de que, al diferenciarse del colectivismo propuesto por Viñas y que condena la concepción comunista estatista, Costa ha profesado claramente el comunismo libertario.

"Rodríguez (Viñas): a cada uno según su voluntad, pero hay también la voluntad de no hacer nada. Cada cual debe trabajar para comer. Los comunistas alemanes con su estadística quieren que el Estado os obligue". Se vé que Viñas es escéptico sobre el trabajo a voluntad de cada uno, que Costa había proclamado.

"Guillaume: La discusión prueba que las discusiones teóricas aun entre nosotros no son inútiles. Yo no puedo admitir ni como Rodríguez (Viñas), ni como Costa. En el uno y en el otro hay ideas todavía confusas... ¿Por qué mezclar la cuestión del consumo a la de la producción?.. La única solución posible hoy es la de repartir (los productos del trabajo) como ellos quieren. Las diversas soluciones podrán encontrarse juntas en los mismos grupos. Rodríguez (Viñas) había hecho la objeción de que sería una gran injusticia eso de a cada uno según sus necesidades, pero está el correctivo: de cada uno según sus fuerzas. Creo, pues, que no debemos discutir más que la teoría de la propiedad colectiva, dejando povernos primero de acuerdo (sobre la cuestión del consumo).

"Montels: de acuerdo con Guillaume. Debemos por el momento dejar la cuestión del consumo a un lado".

Después de las observaciones de E. Werner, Mendoza (T. G. Morago) habla todavía, notado sólo en fragmentos de que cito la línea: "...El colectivismo es mejor que el comunismo anarquista. En España puede ocurrir que... (no continuado). Los comunis-

tas tienen la idea de garantizar a cada uno" (no continuado). Morago por tanto pronunció un discurso colectivista y anticomunista; es seguido por Paul Brousse que habla en favor del comunismo, transmitido así:

"Muy importante (esta cuestión). Pero debemos dividir el asunto: inmediato y lejano.

"Sobre la cuestión teórica estoy de acuerdo con la colectividad del consumo. El producto es el producto de la materia prima y del trabajo; en fin, el hombre mismo es un producto de la colectividad; por tanto el producto debe también ser colectivo"...

Warnotte o Varnotte, un belga no mencionado en las listas de los delegados (notas de Kropotkin y *L'Int.*, IV, pág. 258) habla aún: "...todo se resume en a cada uno según sus fuerzas. La cuestión inmediata es apoderarse de los instrumentos del trabajo. Después de eso, la cosa se impondrá por sí misma inmediatamente. Cada grupo hará lo que quiera. Habrá desgarramientos entre las comunas. Hace años que se discute ¿y en qué han sido esclarecidas las ideas? Mientras discutimos las masas nos observan. Planteemos los principios, las deducciones vendrán por sí mismas".

"Guillaume: después de Warnotte no tengo nada que agregar. Quiero sólo hacer una objeción. Cuestiones que no son más que cuestiones de palabras, son a menudo cuestiones muy importantes de principios.

"Costa: Yo soy contrario al comunismo (autoritario): Propongo el comunismo antiautoritario" (el manuscrito dice: autoritario, pero yo restablezco el sentido. Me parece que Guillaume habrá prevenido contra la adopción de la palabra comunismo a causa de sus antecedentes autoritarios).

Levachoff (Kropotkin): Reparto de los instrumentos del trabajo por las federaciones. Clausura.

La proposición de Guillaume con la enmienda de Brousse es votada como sigue. Pieza K". Esto concierne, pienso, a la resolución impresa en pág. 263 y que no entra en el asunto discutido aquí.

Son esos, por tanto, fragmentos de la primera discusión internacional sobre el anarquismo comunista, que parece haberse conservado. Se ve a Costa y a Brousse apoyarlo, — también en la carta del 17 de febrero de 1880, Brousse, aun separándose de la "Intimidad internacional", si ésta no reconocía su derecho a su nueva evolución, dice: "yo soy anarquista comunista, revolucionario" —; a Viñas y a Morago combatirlo, y a Guillaume, Montels, Warnotte considerar inútil el pronunciarse sobre cuestiones del porvenir. Guillaume parece haber hablado en el espíritu de sus *Idées sur l'organisation sociale*, y habría hablado así el último día de su vida, como Bakunin igualmente, rehusando precisar de antemano cómo decidirán los hombres de un tiempo futuro y esto no uniformemente, sino según las circunstancias de lugar y de tiempo que afectan a cada uno. El tenor del discurso de Kropotkin es desconocido.

Esta discusión, promovida como se ha visto por Costa que después de las observaciones estrictamente colectivistas de Viñas rompió una lanza por el comunismo libertario, y anotada por Kropotkin de su puño y letra, ha escapado a su memoria más tarde, puesto que decía siempre, después — como en su carta a Guillaume del 12 de junio de 1903 (*Suplemento*, número 292, pág. 552), que en 1880 ya ignoraba que los italianos habían aceptado el comunismo en su con-

greso celebrado en octubre de 1876 cerca de Florencia.

Expondré este hecho por los extractos de una carta que el anarquista italiano Dr. Nicolo Converti me ha escrito de Túnez, el 15 de mayo de 1897, después de haber recorrido mi *Bibliographie de l'anarchie* (Bruselas, 1897, XI, 294 págs.), entonces reciente:

"Respecto de la evolución de las ideas, creo decirle que la adopción del comunismo anarquista por el congreso de Florencia (1876) quedó casi desconocida de la masa socialista. Es en el proceso de Benevento (agosto de 1878)... cuando el comunismo anarquista, podemos decirlo, hace su aparición"...

Y el doctor me remite a los informes extensos sobre ese proceso en los grandes diarios de Nápoles, como *Il corriere del mattino* que he dejado de consultar entonces y hasta hoy y que valdría la pena ver. Continúa: "...Poco tiempo antes de ese proceso de Benevento se publicó un manifiesto debido a la pluma de Covelli en nombre de la Asociación Internacional de los Trabajadores - Federazione pugliese, en el cual se había afirmado el comunismo anarquista. Es después de estos hechos que la *Plebe* de Milán, de Enrico Bignami, abrió una polémica cortés, observando la contradicción del comunismo con la anarquía y justamente porque hasta entonces el comunismo se había presentado como una concepción autoritaria, rechazada por los libertarios incluso los del matiz de la *Plebe* federalista. Esa polémica desarrollada seriamente con calma tanto de un lado como de otro, es una de las pocas, sino la única de las polémicas que acabaron con la aceptación de una idea refutada, el comunismo".

Lo que sigue es un poco difícil de desentrañar, pero comprendo lo que Converti ha querido demostrarme: Sin embargo, por lo demás, era el nombre de comunismo lo que antes no era aceptado, porque usted sabe ya que la idea comunista en realidad era admitida, cuando considera la fórmula de los colectivistas anarquistas: "de cada uno según sus fuerzas, a cada uno según sus necesidades", fórmula empleada antes de la aceptación del comunismo. Es verdad que eso no era considerado practicable inmediatamente en la revolución. Por ejemplo, se encontrará esa concepción en las *Idées sur l'organisation sociale* por J. Guillaume, aparecidas en

italiano, en folleto, al menos en 1875 si no antes. Es un folleto muy popular en Italia" ... Converti ha conocido por tanto bien la traducción, inencontrable después, del manuscrito de Guillaume, de octubre de 1874 en italiano, hecha circular por Cafiero, y el hecho que un colectivista tan notorio como Guillaume, no hable allí, como objetivo final, del *producto integral*, sino de *a cada uno según sus necesidades*, es lo que ha impresionado a Converti y sin duda a otros igualmente.

Teniendo presente esto, creo posible, — una hipótesis que emito — que Cafiero, muy ligado con Guillaume en esos años y especialmente interesado en ese folleto, haya tomado la inspiración de su comunismo (desarrollado en el verano y el otoño de 1876 en Nápoles entre él, su viejo amigo Covelli y Malatesta, de esa preconización del comunismo final por Guillaume en ese mismo folleto, y que este sería así el motor inicial del comunismo anarquista italiano de 1876.

Sea como quiera, notemos que esta exposición por Guillaume insiste absolutamente en el factor de primera importancia: *la abundancia*, y que Cafiero y todos los demás desdeñan soberanamente esa prevención y construyen las posibilidades inmediatas del comunismo por el aumento enorme de la producción después de la revolución, por la invención de nuevas máquinas, etc.; véase *Anarquía y comunismo*, por Cafiero (1880).

Sería preciso volver a ver ese manifiesto de Covelli, su periódico *L'Anarchia* de Nápoles y de Florencia, en 1877, *Il Nettuno* de Rimini (1877-78), *L'Arvenire* de Modena y algunos otros periódicos anarquistas de esos años, así como la polémica en *La Plebe*. En 1878, después de la partida de Guillaume y de los viajes de Kropotkin, la crónica del movimiento internacional tan esmerada desde 1872 a marzo de 1878 en el *Bulletin* jurasiano, fué interrumpida y hasta la aparición del *Revolté* en febrero de 1879, la llegada de Malatesta a Ginebra, etc. Kropotkin ha debido carecer de relaciones italianas, estando Costa absorbido también por la prisión francesa y después por el desfallecimiento.

Un documento más sobre los orígenes del comunismo anarquista está en una carta que Kropotkin me escribió el 13 de mayo de 1895 (en inglés); he publicado ese extracto hace algunos meses en *Freie Arbeiter Stimme* (New York); sin eso es inédito. Me escribió después de la lectura del pasaje siguiente de mi prólogo a Miguel Bakunin, *Oeuvres*, París, 1895 (5 de marzo), pág. XX:

"Es en 1876 — en tanto que yo sepa — cuando esas ideas fueron emitidas por primera vez en público en el seno de la Internacional. Se les agitaba ya en un folletito abstencionista, publicado a comienzos de 1876 en Ginebra, por proscritos lyoneses. La Federación italiana de la Internacional fué la primera federación que las adoptó en su congreso de octubre de 1876, celebrado cerca de Florencia. Fueron más tarde expresadas en periódicos, en conferencias jurasianas y ginebrinas, por C. Cafiero, P. Kropotkin, Eliseo Reclus y otros, después en el "Révolté" de Ginebra y de París, en fin, desde entonces han suscitado una literatura ya abundante"...

Kropotkin me escribió al respecto: "...En su prefacio a Bakunin) usted menciona el paso dado por nosotros para declararnos comunistas. Para nosotros, en la Federación jurasiana, fué una acción concertada por nosotros, la sección



Un tomo en rústica, \$ 1.50
Encuadrado en tela \$ 3.50

de Ginebra, en compañía de Eliseo Reclus, para llevar esa cuestión al congreso de Chaux de Fonds en octubre de 1880, y para inducir a la Federación jurasiana a declararse comunista. Consideraba eso como un paso absolutamente necesario, y escribí en ese sentido a Reclus y a Cafiero, pidiéndoles que sostuvieran ese paso. Debo también decir que estábamos entonces en ignorancia completa sobre la resolución de un congreso italiano (Florenza, 1876) — de otro modo habríamos invocado sin duda alguna su decisión de apoyar nuestra propuesta (1).

Esta se aceptó (por el congreso jurasiano), pero con resistencia, especialmente la de Schwitzgubel — el *Programa socialista* que acababa de publicar, resumió las opiniones corrientes en el Jura, — y de Pindy, que estaba sobre todo espantado de la impresión que eso produciría en Francia, donde el comunismo y el monasterio eran asociados tan a menudo.

Hallará débiles rasgos de todo eso en *Le Révolté*, II, No. 17, del 17 de octubre de 1880, en un sumario muy breve de lo que se dijo. Habíamos dado ese paso con gran deliberación — un paso de gran importancia, como lo ha demostrado el porvenir — después de largas discusiones entre Dumartheray, Herzig y yo, y tras correspondencia con Eliseo Reclus, que saludó ese paso de inmediato y que le dió su apoyo fuerte en el congreso (2).

El escrito admirable de Cafiero (Anarquía y comunismo, *Révolté*, 13 de noviembre de 1880) fué una sorpresa encantadora para nosotros, los partidarios del abandono de la palabra colectivismo. Había prometido su apoyo, pero no habíamos previsto que llegaría con un informe tan excelente. La juventud jurasiana dió su pleno apoyo, y la proposición fué aceptada. El discurso de Cafiero ha dominado la situación.

El resultado se hizo sentir de inmediato, varios blanquistas nos han aprobado mucho, diciendo que ellos habían sido siempre comunistas. Pero el resultado principal fué el congreso de La Havre (*Révolté*, II, No. 20, 27 de noviembre de 1889), que fué visitado por Kahn (3), el cual acudió desde Suiza y llevó al congreso en favor del "comunismo libertario". Esta palabra tuvo allí su origen entonces. Bordat, Gautier, Mollin, cuyos discursos están en ese número del *Révolté*, se unieron de inmediato al anarquismo, y la separación de los colectivistas (4) fué operada.

"En una palabra: Bakunin — el congreso italiano — el congreso jurasiano — la Francia del congreso de La Havre; de este último congreso data el movimiento de Lyon. El Jura y Francia tenían buenas relaciones mutuas, y Malatesta estaba entonces en Francia (en París).

"Le escribo esto porque usted parece haber dejado pasar por alto el congreso de La Chaux de Fonds (5). Nosotros, en Ginebra, lo hemos considerado como un paso muy importante y hemos atribuido un gran paso a su decisión, puesto que no estábamos de ningún modo seguros de que se tomaría en favor del comunismo. Guillaume dijo, más tarde, que fué un error. Yo pienso ahora que estuvo muy bien..."

Este es, que yo sepa, el relato escrito más completo hecho por Kropotkin de esa preparación del Congreso de 1880 y de sus consecuencias inmediatas. No puedo más que sacar de nuevo la impresión de lo artificial de ese origen de una idea en tanto que tales aceptaciones por los congresos se consideraran como dándole una consagración cualquiera. Veo

que no se preocupa ostensiblemente del comunismo antes de marzo de 1880, durante más de tres años de gran militancia, ignorando el congreso italiano, olvidando a Costa y la discusión de Verviers reproducida más arriba, e influenciado directamente por la esperanza viva en él por las reuniones públicas en Francia — v. *La Commune de París* en el *Révolté* del 20 de marzo de 1880 —, que una revolución popular era inminente entonces. Tal revolución exigiría una toma de posesión inmediata y la satisfacción de todas las necesidades sin contar. Es claro; Blanqui había dicho eso, los colectivistas españoles lo confirmaban; Bakunin previó ese período de venganza, de saqueo, de desorden, de satisfacciones de los odios y los deseos populares. ¿Pero es eso todo? ¿es esa una prueba de que la sociedad entera continuaría en ese ritmo de las primeras horas, de los primeros días durante semanas, meses, años, durante el porvenir en suma? Yo pienso que no; esa tesis quedar por probar.

De Blanqui mismo se ha tomado recientemente en sus escritos postumos, la *Critique sociale* (París, 1885, X, 276 y 382 págs. en 8) el pasaje notable:

...¿No es por otra parte locura imaginarse que, por un simple golpe, la sociedad va a volver a caer sobre sus pies, reconstruida de nuevo?

¡No! las cosas no pasan así ni entre los hombres ni en la naturaleza.

La comunidad avanzará paso a paso, paralelamente a la instrucción, su compañera y su guía, nunca hacia atrás, nunca hacia adelante, siempre de frente. Será completa el día en que, gracias a la universalidad de las luces, ni un solo hombre pueda ser la víctima de otro. Ese día nadie querrá sufrir la desigualdad de fortuna. Ahora bien, el comunismo satisface esa condición"...

Y todavía más: "...Tales serán, según nosotros, las consecuencias de la universalidad de las luces. Notad que, en este horóscopo, el comunismo figura como simple efecto, no como causa. Nacerá fatalmente de la instrucción, generalizada y no puede nacer más que de ahí"...

Y: "...¿Se trata de imponer el comunismo a priori? De ningún modo. Se limita (el autor) a predecir que será el resultado infalible de la instrucción universalizada" (reimpreso en *Le Libertaire*, París, 16 de marzo de 1929).

Es el mismo Blanqui de quien Kropotkin cita tan a menudo la observación que si veinticuatro horas después de una revolución hay aun hambrientos, mal vestidos, sin hogar, la revolución está perdida. Es ese carácter verdaderamente social impreso a una revolución — en lugar de las revoluciones políticas que se terminan, bajo pena de alta traición, en el instante que un nuevo gobierno es aclamado o proclamado! — es eso lo que Blanqui tenía presente, lo mismo que Bakunin y todos los demás, pero Kropotkin en 1880 concluyó en la *permanencia* de ese comunismo desde la primera hora, cosa que Guillaume consideraba imposible por la falta de abundancia permanente, que Blanqui juzga imposible por la falta de verdaderas luces, de verdadera inteligencia generalizada, que otros consideran difícil, si no imposible, por las exigencias técnicas de la producción que no se puede descuidar bajo pena de un lapso en la primitividad y la penuria. Y Reclus, comunista desde la primera hora, desde su juventud cristiana, si se ha unido a Kropotkin en La Chaux-de-Fonds, lo habrá hecho por otras razones y sentimientos, y Ca-

fiero igualmente, como lo muestran los argumentos de su informe.

El colectivismo anarquista era un vasto cuadro, la práctica de la cooperación solidaria libre, en la cual entraban todos los matices, también progresivamente el comunismo, como lo muestran las *Ideas* de Guillaume.

El comunismo anarquista es una afirmación especializada que, puesto que la vida es siempre la vida y produce la variedad, es escindida en algunas variedades que se excluyen mutuamente.

Lo primero es como un bosque con árboles de mil especies y formas, el segundo es como un árbol fraccionado en madera de fósforos. En el interior del cuadro colectivista hay lugar para todos, pero ningún matiz comunista está dispuesto a la convivencia con otro.

Kropotkin, durante toda su vida desde 1880, estaba ansioso por construir un comunismo propio a todo costo, pero salvo sus admiradores entusiastas que se convierten en sus imitadores, todos los otros anarquistas comunistas han hecho igual y pierden su energía refutándose el uno al otro, mientras que en el amplio cuadro colectivista, — como lo comprendían Bakunin y Guillaume, no el colectivismo petrificado de algunos otros —, verían de antemano amigos en los que proceden por otros caminos, y se sentirían reforzados, no debilitados por ellos. ¿No hay, en fin, que volver a ganar ese terreno más elevado de las grandes perspectivas y crear el vasto ambiente intelectual, y de sentimientos elevados, que corresponden a nuestra bella idea que es demasiado empuñada y está en peligro de estrellarse? ¿Queremos permanecer millares, decenas de millares o convertirnos en millones, en centenares de millones algún día? En el último caso es preciso abrir las puertas más vastamente, colocarnos en una base más amplia y más elevada, barrer nuestras disensiones como ociosas y aburridoras.

Que no se malinterpreten estas observaciones como un ataque contra el comunismo libertario, son una protesta contra su validez supuestamente única, contra la pretensión a la unicidad que repite cada uno

de sus matices con exclusión de los otros, de suerte que se siente uno en un bosque de Bondy de las dictaduras anarquistas, teóricas hoy, cruelmente opresivas si tuvieran el poder. Salgamos de ahí al aire libre, a la verdadera vida, al contacto amplio con la humanidad.

(1) Parece extraordinario que Cafiero no haya dicho nada a Kropotkin entonces. El *Bulletin* jurasiano del 3 de diciembre de 1876 contiene una carta por Cafiero y Malatesta, diciendo expresamente: "La Federación italiana considera la propiedad colectiva de los productos del trabajo como el complemento necesario del programa colectivista, siendo el concurso de todos para la satisfacción de las necesidades de cada uno la única regla de producción y de consumo que responde al principio de solidaridad" — y la *Arbeiter-Zeitung* (Berná), otro órgano jurasiano, informó el 28 de octubre de 1876 sobre el mismo hecho.

(2) Kropotkin había pasado a partir de la primavera de 1880 algunos meses en contacto personal permanentemente con Reclus en Clarens. El congreso jurasiano no fué celebrado en octubre. Si se ha entendido, pues, con Reclus por correspondencia, ha debido hacerse, entre julio y septiembre de 1880, cuando Reclus estuvo en la Montaña. En el *Révolté*, Kropotkin sostiene el comunismo anarquista desde marzo de 1880 ya. Ha debido saber ya entonces, pienso, que Reclus estaría de acuerdo sobre este punto.

(3) Rodolphe Kahn, francés, muy activo en Suiza desde 1876 a 1878 sobre todo, ha escrito en 1880 el folleto *La Question électorale* (París, 1880, 14 págs. en 8°), probablemente el primer folleto anarquista publicado entonces en Francia misma. Sin nombre de autor; el camarada Grave me ha comunicado que R. Kahn fué el autor.

(4) Son los guesdistas (socialistas políticos) los que en Francia habían acaparado el nombre de colectivistas entonces desde hacía algunos años, lo que contribuyó tanto a disgustar a los anarquistas entonces de esa brava palabra.

(5) ¿Cómo hubiera podido dar el resumen más arriba citado si no había visto el *Révolté*? Hablo allí incluso de Cafiero, de Kropotkin y de Reclus, los tres principales protagonistas comunistas de ese congreso de 1880.

Una obra de información y de cultura revolucionaria

"La Protesta,"

Diario de la mañana

Fundado en 1897

Crítica informativa diaria.
La actitud de los anarquistas ante los diversos problemas económicos, políticos y sociales cotidianos.

Informaciones directas sobre el movimiento obrero revolucionario del país y del extranjero.

Colaboradores en los diversos países.

El número suelto: 0.10 cts.

Suscripción mensual, incluso el SUPLEMENTO quincenal, \$ 2.50.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA A NOMBRE DE MARIANO TORRENTE: — CALLE PERÚ N.º 1537. — BUENOS AIRES — REPÚBLICA ARGENTINA

LA PROTESTA

SUPLEMENTO QUINCENAL

Fundado en 1921

Concreta en sus 32 páginas el pensamiento anarquista internacional. Los más brillantes escritores del anarquismo colaboran en él. Publicación de historia, crítica y exposición de las ideas anarquistas. Literatura, arte, resumen bibliográfico.

El número suelto, \$ 0.20 cts.

Suscripción trimestral, \$ 1.50. Anual, \$ 5.—

EDITORIAL

"La Protesta"

Fundada en 1922

Una obra de cultura revolucionaria y no una empresa comercial. Es el primer ensayo anarquista para la edición sistemática de la propia literatura.

Todo obrero deseoso de cultivar su espíritu encontrará en nuestras ediciones algo que le interesará. — Solicitense catálogos. Se atiende cualquier pedido de libros y folletos.

EMILIO LOPEZ ARANGO

IDEAS Y ETICA

EL ANARQUISMO Y LA DELINCUENCIA

Toda ideología tiene su ética. El anarquismo, ideal de libertad y justicia, es sobre todo una fuerza espiritual: el resultado de un lento proceso operado en el dominio de la cultura humana. ¿No se diferencian en eso los pueblos que lograron superar la primitiva barbarie y no está en la decadencia del espíritu civil la verdadera causa del retroceso que se opera actualmente en todos los frentes de la civilización capitalista?

La teoría de la amoralidad es la negación de las ideas libertarias. El anarquista, si es inmoral, para los moralistas burgueses, no lo es en lo que respecta a los fundamentos de la ética social. Quiere decir, pues, que es un adversario de las mentiras convencionales, de los prejuicios consagrados por la religión y las costumbres, pero no rompe con aquellos principios eternos que sirven de base a la sociabilidad y permiten al hombre distinguir lo justo de lo arbitrario, el bien del mal, el derecho de la fuerza bruta.

Para definir las teorías anarquistas, en oposición a todas las creencias religiosas y doctrinas políticas que consagran el derecho del más fuerte, es necesario tomar como principio básico la idea de justicia. El hecho de que los actuales dominadores empleen la violencia y el crimen para defender sus privilegios y para continuar dominando a los pueblos, si nos demuestra que sólo la fuerza resuelve el problema que llamaríamos biológico de la dominación capitalista, no justifica en cambio el olvido de las razones justicieras, altruistas y humanitarias que inspiraron a los más esclarecidos teóricos del anarquismo en su propaganda contra la insolidaridad social, los instintos feroces y las pasiones egoístas de las castas poseedoras y gobernantes.

Al calor de los acontecimientos derivados de la guerra y las revoluciones políticas determinadas por la quiebra moral de la democracia, se han difundido en los ambientes proletarios ideas de dominación. La dictadura de clase concreta ese espíritu egoísta. El bolchevismo y el fascismo, sujetos a la misma causalidad histórica, traducen el instinto gregario de las masas que creen libertarse por la violencia, con lo que se llega a subordinar la vida del hombre y el porvenir de la humanidad a la primitiva ley del más fuerte.

Se dirá que en la guerra todos los medios de defensa se justifican. El bolchevismo y el fascismo han agotado los recursos de fuerza para afianzar una dictadura de clase, suprimiendo las garantías de la ley común. Pero si la víctimas tienen derecho a herir al victimario con sus propias armas, no debe en cambio ser olvidado que también hay una ley de guerra: la que protege a los no combatientes y a los neutrales contra la violencia de los beligerantes.

La cuestión moral, en la propaganda anarquista, se plantea precisamente frente a las derivaciones de la mentalidad bolchevique y fascista, porque es a través de esa reacción violenta contra las dictaduras que nosotros descubrimos la relajación espiritual de los partidarios de la violencia por la violencia. No es el caso de discutir si es lógico, en Rusia o en Italia, el procedimiento de responder con el terror de abajo al terror de arriba. Esa actividad está sujeta a fueros individuales y a situaciones colectivas que no debemos poner en litigio los que vivimos fuera de aquellos ambientes preñados de odios y de encendidas pasiones. Lo que importa es plantear el problema de la lucha contra todas las manifestaciones de la dominación capitalista y contra la tiranía del Estado, en el plano internacional, para definir el proceso de las ideas revolucionarias en la conducta moral de los partidarios del anarquismo.

Invocando la necesidad de defender a las víctimas del fascismo, se intenta justificar todo acto de violencia que traduce la "intención" de herir al fascismo, pero que no alcanza a una sola de las múltiples cabezas de la hidra reaccionaria. Y se agrega que ese es un acto de guerra justificable, aun cuando vaya dirigido contra los no combatientes y se realice en un terreno neutral. ¿Basta el propósito oculto para admitir como necesario el inútil sacrificio de vidas en empresas que tienen ante todo el sello de la impunidad y que a lo sumo demuestran un absoluto desprecio de los principios humanitarios y justicieros que arman el brazo de los verdaderos vengadores?

Nosotros vemos en cierta clase de atentados antifascistas el sello del fascismo. No es que inspire el gobierno italiano y sus agentes provocadores esa acción terrorista: es un fenómeno mental esa inclinación a la delincuencia política y sus autores sufren la influencia del mismo proceso patológico que lanzó a Italia a la más cruel y bestial guerra civil.

Generalizando el problema de la delincuencia, descubrimos en ese anarquismo que exalta el delito y hace del robo una virtud revolucionaria, las mismas causas morales, sociales e históricas. Ya no se trata de combatir a la burguesía por su condición de clase privilegiada, oponiendo al régimen de la propiedad privada, de la explotación del hombre por el hombre una idea de justicia, de igualdad y de libertad; se recomienda el procedimiento de la expropiación individual, del despojo con fines personales, para luchar contra los apropiadores de las riquezas colectivas. Y eso importa tanto como admitir que sea posible llegar a la revolución repitiendo los errores consagrados por las castas dominantes y empleando las mismas armas de los enemigos.

Hemos expuesto en varias oportunidades nuestro

concepto sobre el problema moral que, para la propaganda y las ideas anarquistas, plantea el culto a la violencia instintiva, al terror irresponsable y al egoísmo llevado al extremo de la delincuencia común. Partiendo de esa conclusión ética, a la que subordinamos la conducta de los militantes del anarquismo, combatimos los atentados que no realizan un objetivo preciso — que exteriorizan desprecio por la vida humana e inútil crueldad —, como denunciámoslos como antianarquista la práctica del robo con fines individuales. ¿No está de acuerdo nuestro juicio con el punto de vista de los que entienden que la guerra contra la burguesía debe ser llevada a todos los terrenos, sin tener en cuenta los medios, persiguiendo únicamente un fin que no siempre puede ser confesado y defendido?

* * *

El propósito de desviar la discusión sobre ciertos aspectos del terrorismo y de la delincuencia común que pretende disfrazarse con ideas revolucionarias y con supuestos fines vindicadores, es manifiesto en quienes están mental y espiritualmente fuera de la ética anarquista. Por lo que resulta difícil aclarar los términos generales de nuestra tesis doctrinaria, que no se limita a un caso particular o a la conducta de determinados individuos, sino que abarca el conjunto de un movimiento que pretende nada menos que llegar por el camino de las negaciones a una afirmación libertaria.

Nos interesa ante todo demostrar que la lucha contra las injusticias sociales debe partir de un objetivo social, humano, altruista. Lo que es injusto en el régimen presente será igualmente injusto en cualquier sociedad futura. Y no vemos que sea posible desterrar del mundo la maldad, el crimen, la violencia, el egoísmo, rindiendo culto al mal y elevando a la categoría de virtudes revolucionarias los mismos vicios que combatimos en la burguesía.

Son bien claros los términos del problema moral que planteamos frente al culto a la delincuencia. No

nos interesa, claro está, discutir sobre las causas primeras del delito. Está fuera de lugar que repitamos aquí aquello de que "la propiedad es un robo", porque no somos nosotros los que queremos librar a los primeros ladrones — a los legales — de la acción de los expropiadores ilegales. Lo que deseamos demostrar es que el anarquismo, si propicia la expropiación colectiva de los usurpadores, en cambio no acepta como coincidente con la doctrina de la igualdad social — en el trabajo y en el disfrute — la apropiación individual de una parte de las riquezas substraídas al patrimonio de los pueblos.

Quienes derivan estas conclusiones a su situación particular, las explican como coincidentes con la moral burguesa o las atribuyen a cobardía frente a actos que pueden ocasionar represiones policiales, no tienen en cuenta otra cosa que sus intereses, u obran movidos por pasiones que están muy lejos de reflejar un temperamento anarquista. ¿Es que el anarquismo, como idea y movimiento, debe estar subordinado a los golpes de ciego del primer fanático o amoral que reclame para sus acciones la solidaridad de todos los anarquistas?

No negamos a nadie la libertad de obrar como mejor le convenga. El que procede individualmente, a costa del propio riesgo, no tiene por qué dar a nadie cuenta de sus actos. Y serán los jueces burgueses, no nosotros, los que los juzguen conforme a las leyes del Estado. Pero no se trata de eso. El terrorismo y la delincuencia, según la curiosa teoría de algunos anarquistas partidarios del terror sistemático y de la expropiación individual, son la esencia doctrinaria del anarquismo.

Es la teoría de la "delincuencia revolucionaria", no el factor social de la delincuencia común, lo que nos interesa discutir. ¿Acaso nos preocupa que los delincuentes ilegales roben a los ladrones legales? Diariamente se producen casos de esta naturaleza, sin que nosotros digamos una palabra de censura. Y aun cuando hacemos referencia a un caso especial donde aparecen como protagonistas individuos que se llaman anarquistas, no son los individuos los que nos interesan, sino las ideas que se invocan como inspiradoras de tales acciones.

También haremos ahora abstracción de la persona para abrir juicio sobre la campaña que vienen realizando algunos periódicos anarquistas de lengua italiana, que aparecen en Estados Unidos. Se trata de justificar, por parte de las referidas publicaciones ciertos actos terroristas que nosotros hemos calificado de sospechosos, no tanto porque desconociéramos su origen como porque no podíamos comprender su utilidad y eficacia desde el punto de vista revolucionario.

El caso extraño, de evidente parcialidad, está en que el inspirador de esa campaña es — según propia confesión — el autor de los hechos que hemos combatido. Por lo que se trata, no de discutir un problema ideológico y moral, sino de justificar la conducta de un hombre, ya que todo se reduce a la autoapología del terrorismo y la delincuencia. ¿Qué es lo que puede decir el propio enfermo sobre el mal que padece? ¿Qué terapéutica moral puede aplicar quien sufre el más profundo extravío ético o ha llegado a justificar en su conciencia, por un fenómeno de inversión espiritual, las más grandes aberraciones morales?

No es en ese terreno donde se planteará el problema que a los anarquistas interesa definir claramente para bien de la propaganda y de las ideas re-



Tercer tomo de las obras completas
\$ 1.50

volucionarias. Si el individuo en cuestión quiere probar que sus actos son nobles y generosos, debe tratar de ajustarlos a un determinado orden de principios éticos. Realizado ese primer intento de justificación personal, quedaría la prueba más difícil: la que surge del análisis de los hechos en sí, fuera de las ocultas intenciones, porque es sobre sus beneficios o perjuicios para el movimiento revolucionario que debe ser calificada la verdadera esencia del terrorismo.

Partiendo de esa base, sin tener en cuenta la calidad del sujeto o sus ignorados propósitos, hemos combatido los actos de terror ejecutados en esta ciudad en los dos últimos años. Por idénticas razones — porque existe una conexión entre unos y otros hechos — denunciábamos como antianarquista la delincuencia que trata de buscar en el anarquismo lo que llamaríamos una "impunidad ideológica", de la que se deriva una obligada responsabilidad moral de la colectividad libertaria con esas acciones individuales. ¿Debemos silenciar esos hechos, dejarlos pasar como acontecimientos vulgares, cuando sus autores tenían interés en que la prensa burguesa los presentara como coincidentes con los métodos de lucha del movimiento revolucionario? Para que quedaran reducidos al fuero individual — a la propia responsabilidad de los que habían procedido por su cuenta y riesgo — era necesario que ellos, no nosotros, se adelantaran a declarar que ninguna relación tenía su conducta con el ideal que profesaban.

Claro está que esa confesión no la harán, sobre todo los que caen en las redes de la justicia histórica. Necesitan seguir representando su papel de anarquistas de acción, porque así logran cuando menos comprometer la solidaridad de los anarquistas en su calidad de víctimas de los jueces burgueses, y, si en ello encuentran un recurso para eludir el código penal, declararán incluso que se les acusa de un delito común para castigarlos por sus ideas.

No es hasta ahora ese el caso del autoapologista del terrorismo. Pero cambiaría su teoría de la reivindicación de actos que el mismo se atribuye, si fuera otra su situación personal. Entonces diría, como otros muchos, que se le hacía víctima de una emboscada policial, que se le acusaba injustamente, que se trataba de condenarlo, no por un delito común, sino por sus ideas, y obligaría a los anarquistas, incluso a nosotros, a mantener una campaña solidaria para librarlo de las garras de la justicia histórica.

He ahí la última consecuencia de todos los casos de cobardía moral que se empeñan algunos en presentar como demostraciones del más "coraggioso" anarquismo. Y he ahí también expresada nuestra conducta frente al terrorismo anónimo e irresponsable y a sus derivados en el terreno de la delincuencia común.

No valdría la pena insistir sobre una cuestión de hecho suficientemente aclarada por los anarquistas: la del terrorismo anónimo e irresponsable. Pero como las sugerencias terroristas, se difunden en un ambiente propicio a toda suerte de equívocos y malevolencias, determinando a la vez un falso concepto sobre los objetivos revolucionarios y vindicadores del anarquismo, debemos puntualizar de nuevo hechos y cosas que entrañan un peligro para nuestro movimiento y para el prestigio de las ideas.

Como consecuencia de una situación reaccionaria que gravita sobre todos los pueblos civilizados y opera en la conciencia del hombre un proceso de regresión espiritual, se manifiesta en el campo de lu-

cha al choque de los antagonismos históricos, la más ciega y brutal violencia. Difícil sería establecer una diferencia de conducta, de moral, de sentimiento entre los grupos sociales empeñados en esa terrible guerra civil. Pero sí podemos reivindicar para el anarquismo la iniciativa de la gestión ideológica que tiende al equilibrio ético, por el rechazo de las gestiones dictatoriales y el culto de la fuerza difundidas en el proletariado por bolcheviquis y fascistas, necesario para valorizar los verdaderos conceptos de civilización y progreso en la humanidad.

Existe, sin embargo, una absurda tradición, alimentada con todas las estupideces de la literatura burguesa y con la propaganda tendenciosa de la prensa capitalista, que presenta al anarquismo como un movimiento de violencia instintiva, fruto del odio ciego, de la desesperación, de la locura. Se pretende así desconocer no sólo los orígenes sociológicos de la anarquía, sino también la ética revolucionaria. Y se intenta de paso presentar como destructores sin conciencia, como enemigos de la sociedad y de la familia, como locos peligrosos a quienes combaten el régimen de violencia y de opresión que engendra los más monstruosos delitos.

Fácil resulta demostrar que los violentos y los desaprensivos, los egoístas sin freno y sin ley, los amoraless sin escrúpulo y sin conciencia están al margen de las ideas y del movimiento revolucionario. El culto a la violencia pertenece a todas las religiones y a todos los sistemas políticos consagrados en el Estado. El espíritu de destrucción reside en la ley que condena al hambre a millones de seres humanos y que sanciona la esclavitud del asalariado: está en los códigos, en la legislación que ampara el privilegio, en los tribunales de justicia, en los ejércitos, en la policía, en todos los engranajes del poder destinados a perpetuar la delincuencia legalizada.

Pero podemos dejar a un lado la generalización del problema de la violencia y limitarnos a exponer el proceso del terrorismo político que sirve de síntesis a las dictaduras y que particulariza la odiosa explosión del odio religioso, racial, nacionalista. ¿Cómo defiende sus privilegios la clase explotadora y gobernante en los países civilizados?

Atribuir al anarquismo la exclusividad de la violencia es ignorar que vivimos en una época en que el crimen y el terror son manifestaciones comunes a todos los gobiernos y la esencia histórica del patriotismo y la civilización. En el régimen fascista se ha glorificado a bandidos y criminales y se justifican las más brutales represiones invocando razones de Estado. Los mansos corderos del Señor, movidos por un interés partidista, promueven en México una sangrienta guerra civil y matan a mansalva a los enemigos de su fe al grito de "¡Viva Cristo rey!" Y en todas partes la locura homicida opone sus fueros y realiza el bárbaro festín de la antropofagia, sin que se escandalicen los que atribuyen a una bomba más poder destructor que a los cañones que apuntan al corazón del mundo.

El hecho es que interesa a la burguesía ocultar sus pecados señalando a los que pecan venialmente. Nosotros, pues, somos los grandes pecadores de la violencia. Para eso han formado una terrible leyenda terrorista los escribas y fariseos del capitalismo, presentando a los anarquistas como locos y criminales dispuestos a hacer saltar en pedazos el globo terráqueo. Y, claro está, como la estupidez humana es in-

finita, no faltan creyentes para ese culto grosero. ¿No es la policía la que representa la comedia de los complots y de las conspiraciones anarquistas, con sorteos y bolillas, en lóbregos sótanos, cada vez que la dinamita habla el lenguaje de la venganza o repite el eco de las grandes explosiones de la violencia estatal?

No es posible definir en el orden de las ideologías, de los sentimientos y de las pasiones humanas el carácter de los atentados, unas veces con propósitos conocidos y otras veces determinados por una extraña sugestión política. Hay actos vindicadores que el anarquismo justifica, porque entrañan una inevitable reparación justiciera de crímenes impunes. Pero no todo el terrorismo es anarquista, aun cuando pueda sintetizar un estado de ánimo colectivo la demostración violenta de un desconocido. Y menos puede ser achacada a toda una colectividad una acción individual que, si tiene en vista el imperativo de la protesta contra un determinado estado de cosas, no se manifiesta de acuerdo con la ética del movimiento que aparece coincidente con esa clase de lucha.

Hemos definido claramente, con palabras que no admiten torcidas interpretaciones, nuestra actitud frente a los hábitos de delincuencia que pretenden adquirir personería moral en el movimiento revolucionario. No haría falta, pues, volver sobre un tema que creemos lo suficiente debatido y agotado en sus aspectos generales y en su íntima naturaleza.

Si se tratara de justificar la existencia del delito en una sociedad que tiene por base el robo, nada tendríamos que objetar a nuestros adversarios de la extrema... delincuencia. Ya es vieja la teoría de que todo efecto tiene su causa. Y la causa histórica de los delitos comunes, como de todos los actos antisociales, está en la injusta organización social: en la propiedad privada, en los privilegios de casta, en las leyes que consagran la explotación del hombre por el hombre, en el Estado.

No es eso de lo que se trata. Nosotros justificamos al delincuente común como justificamos la existencia del delito en el régimen de la delincuencia capitalista. Aceptamos todo acto antisocial que esté inspirado en la lucha por la vida, y aun comprendemos los gestos desesperados de hombres que buscan en la violencia la ruptura del pacto de hierro impuesto por la violencia y el terror. Preferimos el rebelde que se apropia de lo que necesita para comer al sumiso que se deja morir de inacción por miedo a las leyes, por respeto a la autoridad, por un estúpido acatamiento a reglas morales que tienen su origen en el despojo y la rapiña ejercitados por los más fuertes y los más astutos. Y aplaudimos sobre todo los actos conscientes de expropiación, pero cuando están determinados por imperiosas necesidades o interpretan un impulso instintivo de las masas trabajadoras en plena lucha con los explotadores.

Cuando se trata de acciones individuales, de expropiaciones que se transforman en una parcial apropiación del producto robado al trabajo por los capitalistas, dejamos ese asunto librado al fuero de los individuos. No es un problema moral el que plantea a los anarquistas el cambio de manos, astuto o violento, de las riquezas acaparadas por una minoría

privilegiada. Entre el ladrón legal y el ladrón ilegal no establecemos ninguna diferencia. Pero nos consideramos obligados a salir por los fueros del anarquismo — de su ética y de sus definiciones sociológicas; de la idea de justicia —, cuando alguien pretende reducir las teorías libertarias al simple acto de despojar al vecino, como si con ese despojo suprimiera las causas históricas del robo.

Es la exaltación del delito la que hiere nuestra sensibilidad. ¿Se debe combatir el mal con el mal? ¿Es anarquista defender como arma de lucha contra la injusticia lo injusto y lo arbitrario? Si justificamos al delincuente, como un producto que es de la sociedad burguesa, no entendemos en cambio que sea posible suprimir la delincuencia con la delincuencia. En igual caso está el exponente más crudo de la lucha social: el terrorismo. Todo acto de terror está condicionado por el ambiente y responde, cuando parte de abajo, al terror de arriba. Pero si ciertas acciones individuales se justifican por el móvil que las inspira — y sobre todo porque tienen el sello de la responsabilidad — otras, desprovistas de un fin lógico, o causantes de un mal más grande que el que se quiso señalar o reprimir, no tienen justificación posible en la conciencia de un verdadero anarquista.

No es posible, por otra parte, juzgar por las "intenciones" el resultado de actos que aparecen odiosos, desprovistos de generosidad, ajenos al objetivo que pudieran invocar sus ocultos y anónimos ejecutores. Y aun en el caso de que se conozca la "primera intención", cuando se transforma en hábito el ejercicio del robo ilegal se cae en el círculo de la delincuencia vulgar. ¿Hace falta aportar pruebas sobre las peligrosas derivaciones sufridas por el anarquismo de algunos países bajo la sugestión del banditismo y del terrorismo? Quienes defienden como anarquista todo acto de rebeldía y justifican y exaltan a los que pretenden extraer de las ideas libertarias la curiosa teoría de la amoralidad, ignoran la historia del movimiento anarquista en las naciones donde toda propaganda revolucionaria fué desvirtuada y aniquilada por esas tácticas que se intentan incorporar a nuestras organizaciones.

Alguien que tiene interés en magnificar sus vulgares delitos y en pasar por un héroe del anarquismo, se empeña en desacreditar en el exterior y en hacer creer a sus cofrades que LA PROTESTA defiende a la burguesía contra los delincuentes comunes y al Estado contra los terroristas. Y de lo que se trata, ya lo hemos dicho, no es de calificar el delito en sí, como acto antisocial, sino de establecer la lógica relación que existe entre los anarquistas y cierta clase de subversivos... que han descubierto el secreto de la revolución en el asalto a un banco o en el petardo a las paredes de un edificio, beneficiándose personalmente con ambas cosas y comprometiendo a todos en sus empresas particulares.



LUIGI FABBRÍ

EL GOBIERNO DE LA FAMILIA

No pretendo tratar aquí nuevamente los argumentos que, más o menos con el mismo título, desarrollaron en el pasado Agnolo Pandolfini y León Battista Alberti. Sin embargo, este título "estilo Renacimiento" me ha seducido en cierto modo a tratar nuevamente y examinar una cuestión de conducta moral de indudable importancia, de vez en cuando bosquejada por nuestras publicaciones, pero no profundizada lo suficiente, según mi modesto parecer.

Está descartado que a la palabra "gobierno" no le doy aquí el significado corriente de organización política y autoritaria, de "autoridad que rige el Estado", como dice el vocabulario, sino el otro más genérico y originario de una norma de conducta y dirección de una colectividad dada — la familia en el caso nuestro — y de su organización interior, de las elecciones entre sus miembros, más desde el punto de vista moral que desde el material y económico.

Debe también presuponerse por las consideraciones que van a continuación, que doy mucha importancia a la familia, considerada, no como ente jurídico-legal, sino como libre agregación de afinidades basadas en el amor, el acuerdo y la ayuda recíproca; que puede llevarse hoy a la práctica, a pesar del ambiente exterior y de sus coacciones, un núcleo de vida anarquista, y será ciertamente en un porvenir mejor la primera célula constitutiva del gran organismo libertario e igualitario de la humanidad.

A mí me parece que en el pasado se ha dado muy poca importancia a este género de propaganda, que consiste de hecho en realizar la libertad en la propia mente ante todo y luego en el ambiente. Fatigado y restringido de la vida familiar, en el cual la voluntad individual tiene mayores posibilidades concretas de escapar a las coacciones del ambiente y determinar un modo dado de vivir más conveniente al propio desarrollo moral y a la propia conveniencia. He dicho "mayores posibilidades", porque yo las miro en relación con las posibilidades menores en los otros ambientes más vastos y menos homogéneos; pero con esto no quiero decir ni "todas" las posibilidades ni "siempre"; ¡al contrario!

Por lo demás, en la sociedad actual la familia, por muy libre y autónoma que pueda ser, sufre siempre las influencias corruptoras y desviadoras del ambiente externo. Pero esto, hasta un cierto punto: hay siempre, donde más y donde menos, las posibilidades de escapar o de rebelarse a tales influencias, a algunas por lo menos; hay siempre algún modo de limitar o neutralizar sus efectos. Y cuando hay algún modo o posibilidad, el no aprovecharlos en los límites de lo posible, el no hacer siquiera el esfuerzo necesario y posible de una liberación parcial, escudándose en la excusa de la influencia del ambiente, constituye una debilidad y una deserción: significa faltar al propio deber.

En nuestra situación actual, por el retroceso tan contrario a nuestras aspiraciones, prisioneras de los acontecimientos, en la impotencia momentánea de impedirlos o detenerlos, la mente humana recorre el pasado y escruta qué errores de nuestra parte pueden haber contribuido a facilitar la prevalencia de las fuerzas de regresión. Y bien, entre estos errores, no el último, me parece que está el de haber descuidado la organización de las fuerzas morales, la fortificación espiritual de las posiciones conquistadas. En cierto modo éramos un ejército que avanzaba en masa, sin cuidarse espaldas, un ejército que trataba cada vez más de aumentar sus efectivos en marcha, sin preocuparse, sin cuidarse del país que dejaba atrás, y cuyas generaciones se renovaban sin cesar.

Los resultados materiales momentáneos satisfacían a los más; se cuidaba mucho de las construcciones generales políticas y económicas, estatales o extraestatales, de carácter colectivo, y nada que ellas pudiesen ser útiles o indispensables siquiera, hechas las débiles excepciones. Pero los individuos, componentes de las colectividades, en esa obra creían agotado lo que debía hacerse, y por cuenta propia no sentían tener un deber personal que cumplir, algo propio que construir y realizar consigo y alrededor de sí, dependiente solamente del propio esfuerzo individual y de la propia iniciativa. Sobre todo, los que habían abrazado un ideal de libertad e igualdad, descuidaban completamente la propia familia como si ésta fuese completamente ajena a sus preocupaciones de índole social y política.

Hubo años — me refiero al tiempo anterior a la guerra, y no al posterior, en los cuales los partidos de vanguardia se inflaron más de lo esperado por impulsos exteriores del todo momentáneos — en los cuales el elemento socialista y revolucionario (hablo en general, sin hacer distinciones entre las propias fracciones o partidos), aun siendo minoría, era bastante numeroso. Si todos los denominados subversivos, socialistas, anarquistas, sindicalistas, republicanos y en general todos los aspirantes a un porvenir de una mayor libertad y justicia, o por lo menos la mayoría de ellos, se hubiesen preocupado de crear las propias familias, en armonía con las convicciones propias, ¿creéis quizá que hoy nos encontraríamos en las condiciones que estamos?

Aunque hubiese sido una minoría en la minoría, en tener una preocupación tal, esto es: si por lo menos aquellos que en los varios sectores innovadores y reformadores eran considerados los mejores, hubiesen comenzado ellos mismos en su propia casa a cumplir el propio deber, a nosotros probablemente se nos habría escapado del todo la situación actual, pero en la lucha contra ésta habríamos podido contar con una élite un poco más rica de elementos jó-

venes llegados de las nuevas generaciones.

Hoy, bajo la presión ultra autoritaria y el aguijón de las persecuciones, se va formando en la juventud que se asoma a la vida, especialmente entre los obreros y estudiantes, una psicología nueva y llena de promesas. Pero esto es otra cosa: es la promesa del mañana, no la de hoy. El hoy habría podido brotar en mejores condiciones en las generaciones que se han formado de una decena de años a esta parte, y son las que han resultado más deficientes.

Ahora bien, esta deficiencia deriva de múltiples causas, entre éstas merece su lugar y tiene su importancia el hecho de que los hombres de libertad y de progreso se han preocupado muy poco, cuando todavía estaban a tiempo, de templar la mente y el corazón de sus hijos, de modo que la conciencia de éstos resistiese más sólidamente las influencias malsanas, para las presiones y choques del ambiente envenenado y criminal a causa de todas las consecuencias de la guerra.

Cada uno de nosotros, que milita bajo una bandera de liberación, al menos desde una decena de años antes de la guerra, puede convencerse de este hecho, mirando a su alrededor, observando las familias de los propios amigos, compañeros de lucha y de fe. Con pena debemos constatar que en contados casos los hijos de estos compañeros y amigos han adoptado las ideas del padre socialista o anarquista, llegando a su vez a ser fervientes militantes para las ideas. No faltan, aunque raros, aquellos que hoy se hallan en el campo más adverso de sus padres; pero de todos modos, la gran mayoría es constituida de indiferentes, de oportunistas, de individuos que aceptan la vida tal cual es y sufren las imposiciones sin hostilidad o repugnancia alguna, a menudo conviviendo los prejuicios y los más toscos respetos humanos.

Aun cuando no sean adversarios declarados de sus padres, miran a éstos casi con una especie de conmiseración indulgente, aunque no separada de admiración y respeto, pero siempre a distancia, como si fuesen gentes del otro mundo. ¿Por qué todo esto? A determinar en los hijos estados mentales y espirituales opuestos a los de los padres contribuyeron múltiples causas, entre éstas está ciertamente la negligencia de los padres o el método de educación erróneo, con el cual los hijos fueron educados, y tal vez — peor todavía — el mal ejemplo dado en casa por los mismos padres.

Ciertamente que este último caso es el más deplorabile, pero yo no estoy dispuesto a considerar como un hombre sincero y de buena fe a quien se hace culpable de eso. Quien da a los hijos en su casa espectáculos repugnantes y de explotación, y fuera de casa se da aires de apóstol de la libertad y de la igualdad, no merece por cierto ser escuchado y presta un funesto servicio a las ideas que dice profesar. Casi siempre estos seres terminan mal; y no hay que asombrarse que la doble comedia que desempeñan en la vida encuentre en los hijos, que asisten de cerca y ven todo lo feo e innoble, los jueces severos, dispuestos a condenar la conducta de los padres y en conjunto también sus ideas como una mentira de histriones.

Aquí ya estamos en el campo de las bajezas y degeneraciones humanas, que si afectan un poco a todos los campos de la actividad política y social, y luego también las de los innovadores y los revolucionarios, no encuentran en éstos alimento suficiente para arraigar profundamente. Por tanto no es de

estos fenómenos, más patológicos que normales, de lo que yo quería hablar.

Sin llegar a estos casos de verdadero mal ejemplo, es un hecho que muchos, que en público y entre sus relaciones exteriores vigilan a sí mismos para tener en alto la propia dignidad, en el interior de la familia se rebajan, se empuqueñecen, se dejan vencer por las propias debilidades y descienden a transacciones, contradicciones e incoherencias consigo mismos, que sin embargo podrían evitar fácilmente, engendrando así en sus propios hijos y en la propia compañera una mejor estima, no sólo para sí, sino también para los propios ideales, los cuales terminan con no ser tomados muy en serio.

Pero lo que es más habitual, y es lo que en realidad ha impedido que se hayan recogido tantos frutos como era de esperar después de más de medio siglo de propaganda intensa y de luchas por la libertad y la igualdad, es, sobre todo, la negligencia de la familia, desde el punto de vista de la educación social y política. Muchos son los que separan casi o por completo la propia vida familiar de la vida política con que se conducen afuera: hombres llenos de fe, que se sacrifican por las propias ideas, que piensan solamente para la propaganda y su movimiento, no se preocupan absolutamente de hacer participar a sus hijos de sus preocupaciones idealistas. Desarrollan toda su actividad fuera de su casa, y en la suya son hombres diferentes, de buen corazón ciertamente, pero que creen haber agotado sus funciones con estar llenos de cuidados y afectos para sus hijos.

Una de las consecuencias de este sistema es que la educación íntima, espiritual, de los hijos queda encomendada enteramente a la mujer (que por lo demás es un mal también desde el punto de vista simplemente educativo, porque la verdadera educación no es completa si no participan armónicamente ambos padres); y la mujer, también ella extraña a las preocupaciones del hombre, hace que influyan por demás en la educación las consideraciones del egoísmo familiar. Y cuando para el hombre suena la hora del peligro y del sacrificio, ya que en los peligros y sacrificios también la familia es inevitablemente trastornada, ésta no sabe explicarse por qué está llamada a sufrir por cosas que le son ajenas, y es conducida, naturalmente, sino a maldecirlas, al menos a mirirlas con una hostilidad más o menos irresponsable.

Aun cuando no sucedan estas consecuencias desastrosas, la negligencia de los padres para la educación de los hijos, social y política, tiene por consecuencia el alejarlos de sí y del mundo propio por una infinidad de otras razones. Ya que por costumbre la misma negligencia que se tiene por los hijos se ha tenido antes y casi siempre con la compañera, cuando ésta (y la mayoría de las veces en tales casos) no tiene las mismas ideas del hombre, los hijos son educados con ideas y sentimientos contrarios a los del padre. Los hijos pueden más tarde ser conquistados por las ideas del padre, pero queda siempre en ellos el sello de la primera educación.

Aquí debo advertir que cuando hablo de la educación de los hijos desde el punto de vista social y político, no reduzco la cuestión hasta el punto de patrocinar una especie de educación artificial de futuros anarquistas, socialistas o cualquier otra cosa, en el mismo sentido con el cual se educan los católicos, con hacer aprender de memoria el catecismo y las plegarias. Nada más tonto que la pre-

tendida educación libre (que después es todo lo contrario) de ciertos padres, que empiezan imponiendo a los recién nacidos los nombres que son un verdadero y propio bautismo al revés — Comunar-do, Ateo, Anarquía, Rebelde, Libertario, Bolchevique, etc., etc. — y después, cuando los bebés comienzan a balbucear, los llevan entre sus amistades y les hacen repetir como a un loro la lección: "yo soy anarquista", "yo soy socialista", "yo soy bolchevique" y otros puerilismos del género.

Se cae con esto en el ridículo, y tales formas de variedad no excluyen luego que la educación familiar pueda ser en sus resultados todo lo contrario.

El hombre que por lo demás tomase en serio un sistema tal del todo antilibertario e impusiere a sus hijos antes de la edad de la razón, como un dogma o una verdad revelada, la adopción de éste o aquél programa político-social, cometería el mismo error funesto pedagógico de los curas. No educaría hombres libres, sino máquinas con alma de esclavos, encontrándose más tarde estos hijos en la vida sin el equilibrio debido, con una etiqueta exterior que no corresponde a su verdadera mentalidad y psicología.

Antes o después — sin la intervención de varios factores que corrijan el error inicial de quien los educó — ellos convertiríanse en adversarios o, cuando menos, en extraños a las ideas del propio padre, por espíritu de rebeldía y de reacción, o porque su educación dogmática los haría más aptos para aceptar y seguir las ideas dogmáticas y autoritarias, alejándolos de aquellas que tienen por base el espíritu de independencia y el principio de libertad.

Otra cosa es la educación libre; esta consiste en educar los seres cuyo espíritu, llegado a la edad de la razón, no ha sido ya tomado y aprisionado por cualquier apriorismo dogmático, de manera que sean lo más posible espiritual y materialmente libres para conducirse por sí mismos y tomar en la vida el camino que más concuerda con sus tendencias y sus sentimientos. Lo que hay que educar en los niños son los sentimientos morales, inclinar sus tendencias hacia el punto de vista universal y humano, sin subordinarlos a programas de ninguna clase: favorecer el desarrollo de los sentimientos de justicia, de solidaridad, de amor, de independencia, de apoyo mutuo, formar la conciencia del deber recíproco; inspirar la aversión a toda forma de prepotencia y a todo esto que afea, que presenta miserable, inoble y doliente la vida humana.

Esta educación no puede obrar más que sobre o a través del sentimiento; no es un conocimiento o una serie de conocimientos, una regla o una serie de reglas, una enumeración de hechos que hay que aprender, etc., como en la geografía, en la aritmética y en gramática. Se trata de modos de sentir, que no pueden ser inspirados o educados más que con manifestaciones y actos de amor, con el constante ejemplo de todos los días, con la armonía entre los hechos y las palabras, con las miles de pequeñas y grandes expresiones de afectos, que sólo en la intimidad de la familia encuentran el camino para comunicarse a los niños, y que se consigue sobre todo cuando el padre y la madre están concordes en la dirección que tienen que darle a esa obra suya, fruto del amor.

He aquí por qué la crianza de los hijos tiene una poderosa e inviolable relación con la educación de la mujer. El hombre libre, que se propone formar una familia nueva, que sea, en plena sociedad bur-



"Mater Amorsa", por Attilio Piccirilli.

guesa, una célula de la futura sociedad libertaria, debía desde el primer momento del noviazgo preocuparse del porvenir; esto es: ser suficientemente dueño de sí y de las propias pasiones, y elegir por compañera de la vida una mujer que, aunque le aporte la belleza para los placeres de los sentidos y los brazos para la ayuda material, se asocie también para una obra común, y concuerde con él en los sentimientos, al menos aliada espiritualmente en la misión que él se ha dado para toda la vida.

El hombre que ama y es amado, aunque no encuentre en la compañera aquella que él aspira, puede siempre influir sobre ella para trasformarla, pero a condición de que lo haga en seguida, desde el primer momento, sin esperar que se vaya formando la familia, porque entonces será demasiado tarde y la transformación o conversión de la mujer resulta más difícil, tomando en ella ventaja una infinidad de otras preocupaciones. Este argumento del período del noviazgo, como el momento más apropiado para una consciente educación recíproca del hombre y de la mujer para una más alta concepción de la vida, merecería ser un poco más desarrollado, pero es un argumento que se excede de los fines del presente artículo.

Volviendo a la crianza de los hijos, repito que por educación no quiero decir que se provoque antes del tiempo la adhesión artificial de ellos a este o aquel

programa político-social. Por libertario que pueda ser este programa, el sistema de educación resultaría ultraautoritario y sería desde luego su negación; es un sistema que hay que rechazar completamente. Pero es necesario al mismo tiempo impedir que otros, con un sistema tal, ejerzan sobre nuestros hijos aquella misma coacción psicológica en sentido dogmático que nos hemos inhibido a nosotros mismos, tanto más cuanto que los otros ciertamente se servirían de nuestros hijos para ponerlos mañana en contra nuestra, para hacerles adversarios o enemigos de nuestra fe y de nuestras ideas.

Aquí hago un llamado especial a la atención de los padres de ideas libres, para advertirles que su negligencia en lo que respecta a la educación de los hijos, hoy sería todavía más culpable que en el pasado. En el pasado era la madre la que neutralizaba la influencia paterna con las prácticas religiosas y las supersticiones; eran la escuela y la calle las que atraían los niños por los caminos opuestos; pero al fin la misma diversidad y contrariedad de varias direcciones y de varias influencias disminuían el daño específico de éstas. Resultaba una educación equivocada, que conducía a la juventud al escepticismo y al egoísmo, pero que no hacía, excepto algunos casos, de los hijos enemigos de las ideas de libertad e igualdad.

Hoy los peligros y los daños son mayores. No es sólo la escuela, con un cariz más o menos clerical, la que ayuda y desarrolla la educación religiosa materna, que por otra parte se da independientemente de la voluntad del padre y de la madre. Además, a los niños se les inculca una cantidad innumerable de dogmas y prejuicios de carácter social y político, que sería un grave error dejar arraigar en la tierna alma infantil. Además de la escuela, otras influencias perniciosas provienen de la calle, de los cinematógrafos, los deportes, etc., los niños absorben gérmenes nefastos de brutalidad, de violencias y antihumanitarios; tendencias a la vanidad, a la coreografía, a la mentira y la simulación. Permanecer indiferentes, dejar que el agua corra por la corriente, conformarse con que los hijos queden en los límites de la obsecuencia a las leyes y a las conveniencias en uso, sin preocuparse de los sentimientos que se les viene infiltrando con el deliberado propósito de un evidente fin de regresión social, es un verdadero crimen.

Está en los padres poder reaccionar contra todas estas influencias malsanas del ambiente externo con una obra de iluminación en el interior de las familias. Decía más arriba que la educación libre no consiste en hacer aceptar apriorísticamente a los niños un programa determinado de libertad, que solamente más adelante, ya adulto, podrán comprender bien, aprobar y realizar; la educación libre consiste, al contrario, en hacer que el niño se presente en el umbral de la vida y de la razón, libre de cualquier cepto dogmático, de manera que su razón esté en grado de juzgar desapasionadamente y de elegir voluntariamente su ruta. Lo que pueden hacer legítimamente los padres, influyendo para que el juicio y la elección de los hijos sean orientados hacia el bien, hacia un fin superior de libertad y de justicia, es favorecer en ellos el desarrollo de aquellos sentimientos humanos más nobles y puros, de cuya bondad y elevación ningún hombre puede dudar, y que son el mejor vínculo moral que más adelante, cuando la razón pueda intervenir, el niño hecho hombre llegará a comprender y apreciar las ideas y los programas de renovación social y política.

Educando el alma del niño para sentir noblemente, según las inspiraciones del amor y la fraternidad humanas y según el espíritu de justicia, los padres pueden neutralizar eficazmente las influencias deletéreas y las enseñanzas malsanas que reciben en la escuela, en la calle y en los demás ambientes ajenos a la familia. Pero para esto es imprescindible que los padres vigilen atentamente la tierna plantita, para que cada vez que otros quieran torcerla por algún lado pernicioso se den cuenta y puedan acudir a tiempo para enderezarla, consiguiéndolo y protegiendo el débil tallo. Lean los padres ciertos libros que se ponen en las manos de los niños y hagan ver a éstos en seguida algunos errores evidentes, poniéndolos en guardia contra el engaño y la mentira. Que se hagan repetir las lecciones de los maestros y corrijan los eventuales errores, sobre todo en lo relacionado a los sentimientos y a la vida espiritual. No hay ninguna necesidad doctrinaria para esto: baste el buen sentido y el tener en sí mismo los sentimientos arraigados y bien desarrollados. Vigilar las impresiones que los niños reciben de la calle, de los espectáculos, del conjunto de la vida exterior, y favorecer las buenas y borrar las malas con la dulce influencia de vuestro amor.

Un padre que se haya conquistado y sepa conservar el amor y la estimación de los hijos, puede todas las noches, al regresar del trabajo, en una hora de alegre y confidencial conversación, destruir una gran parte, sino toda, de los gérmenes de perversión, mentiras y prejuicios que durante el día pueden haberles sido inculcados (no importa si deliberada o inconscientemente) en todos los ambientes extra-familiares que los niños suelen frecuentar, sea con el fin educativo o con el de divertirse.

Los efectos y los resultados de este apostolado en la intimidad de la familia pueden parecer deficientes, porque no son muy visibles ni demasiado constatables. Pero, sin embargo, son innegables y profundos, aunque limitados por la extensión de las cuatro paredes y del número relativamente escaso de los hijos de hombres libres. Quiere decir esto que en los hijos de los otros, en los hijos de siervos que permanecen serviles de espíritu, aun cuando pertenezcan a la categoría de los patrones, pensaremos más adelante, cuando sean mayores, con la propagación de nuestras ideas. Pero mientras tanto empeemos salvando, cuanto más nos sea posible de los ambientes deletéreos que vivimos, la conciencia de nuestros hijos.

Habremos así cumplido con un deber que nos lo han dado al mismo tiempo la naturaleza y la sociedad humana y nuestra paternidad fisiológica, y cumpliremos también con nuestra cualidad de hombres libres.

"LA PROTESTA"
(diario)

y el SUPLEMENTO.
(revista quincenal)

Suscripción mensual a ambas publicaciones, \$ 2.50. — Pago adelantado.

Todo importe remítase a Mariana Torrente. — Perú 1537.

PAGINAS DE SEVERINE

El 21 de abril ha terminado en las proximidades de París sus fecundos 74 años, madame Séverine, que se inició en las lides del periodismo revolucionario con Jules Vallés, en "Le Cri du Peuple" allá por 1880. Ha quedado en la brega hasta su muerte, combatiendo por la justicia, por la humanidad y por la verdad. No era anarquista, pero entre los anarquistas ha tenido, a pesar de que no compartía nuestras ideas, los más vivos admiradores. Por lo demás, era una personalidad que había logrado imponer respeto hasta a sus adversarios más enconados, por su altura de sentimientos, por su espíritu solidario, por su rectitud y su consecuencia. Todavía hace bien poco tiempo se le ha visto defendiendo con la palabra y con la pluma la vida de Sacco y Vanzetti.

Su labor literaria está diseminada en la prensa. De ella se han recogido algunos volúmenes, dos de ellos, "En marcha"... y "Páginas rojas", traducidos al español y actualmente agotados. A continuación reproducimos algunas páginas viejas, pero siempre nuevas por la valentía y el sentimiento que las inspiran.

SU PIEDAD

Para Laureat Tailhade.

¿Que dé mi opinión sobre el atentado de Barcelona? Si el malicioso que me incita a darla creyó trabar mi sentimiento, no medité bien su cálculo.

Confiaba clausurarme entre mi misericordia y mi tendencia. ¡Qué bien sí, implacable, daba mi bendición a la tragedia! ¡Y cuánto, cuánto mejor aun sí, sobresaltada, mi piedad me alejaba de los rebeldes, reproduciendo, mitad por indignación, mitad por miedo, a mis viejos amores.

De San Pedro a Luis Blanc, ¡cuántos y cuántos negaron, total o parcialmente, sus doctrinas a maestros, cuando la reprobación ascendía a la amenaza y corrían por las calles asolamientos y angustias! Jamás he sentido esos miedos; jamás conoceré esas cobardías. A unos y a otros, hablaré franca y rudamente. A unos, por haber desentrañado su valer, el fondo de sus hipocresías, porque he entrevisto la podredumbre del viejo mundo, padre de todos los crímenes, los que comete y los que tolera. A otros, porque la anarquía nace de la libertad, porque ninguno de sus partidarios ha reprochado a Reclus, a Kropotkin, a Grave, sean teóricos puros, estén fuera de "la acción", porque la grandeza, la bondad de esa doctrina está en tolerar libérrimamente la independencia de cada temperamento, de cada carácter, de cada juicio.

De ahí dimana su pujanza, su misteriosa atracción, y la sugestiva heterogeneidad de sus fuerzas donde los especialistas, los eruditos, como Malato, Faure, marchan con los intuitivos teóricos Mirbeau, Rosny,

Descaves, Tailhade, Paul Adam, Zo d'Asa, Bernardo Lazare, Darien, Tabaranol, Zéraco, Féneon, Bounanur, Boute, etc.; una generación de altos escritores, con fiebre de ideal.

Los suplementos literarios de la *Revolte* dicen mucho. En ellos, los venideros historiadores deberán buscar el secreto de la revolución que viene — digamos evolución para no asustar — como los historiadores de la pasada debieron remontarse a los enciclopedistas, ¡cuyo tintero parió un mundo!

La guillotina fué antaño la auxiliadora; hoy es la bomba. Las dos me asustan, me hielan. En mí, ese horror es sincero e imparcial. Para toda catástrofe tengo una lágrima; toda inhumanidad exalta mi sistema nervioso. Pero no comprendo el llanto en los que divinizando el patíbulo anatematizan a Ravachol y reprobando la dinamita, palmorean ante Lebel o Krupp. Yo no entiendo, no puedo entender estos distingos. ¿Por qué se proclaman y se viven? ¿Acaso por matar el explosivo brutalmente a inocentes y a desconocidos? Sí, el explosivo, asesina brutal, fatalmente, pero los ahogados en Nantes cuando la Revolución, los quemados de Luissette, ¿eran todos culpables, todos aristócratas? Ved las listas y son ringlas de hombres, de mujeres, de niños del pueblo.

¡Natural que una llorona como yo se conmueva y desfallezca! Cuando veo un herido, lo auxilio: ¡qué se me importa a mí la mano que arrojó el proyectil o heñió las carnes! Sigo, con ello, de mi sexo los instintos y de mi fe los preceptos. Pero desplegar vosotros tales tesoros de sensibilidad, gritar tan ru-



MADAME SEVERINE

da, tan orgullosamente contra la crueldad de los bárbaros! ¡Lástima, decís? La lástima es Una. Implacablemente lógica, domina las artificiosidades de la política y no da el brazo a servidores de intrigas e intereses. Todos los que sufren, aun los malos, tienen derecho a sus misericordias. Va lo mismo tras la carreta del verdugo que en plegaría por los muertos de Barcelona. ¡Qué ofrenda tan bella, tan inmarcesible esta de la piedad, frente a vuestras vergüenzas e ignominias!

¡Vuestra piedad! ¡Vuestra lástima! Carátula para amedrentar, servidora de odios, guardiana de cajas de caudales, concubina de verdugos, yo tengo para ella la enorme maldición de todas mis entrañas.

Siendo exclusivista, resulta sospechosa; siendo ilógica, está nutrida de fariseísmo. ¿Acaso estimulando la indignación y el llanto de los crédulos, no trabajáis para vosotros mismos?

Sufre mi corazón ante esas víctimas que quizás no habían sido malas, e, ignorantes de los privilegios de su casta, dieron por sus culpas su vida; creo no forma el teatro en el catálogo de los lugares nefandos, puesto que a él acuden anarquistas y para él — tribuna admirable — escriben y, arrojadas las bombas en otro sitio, resultaran menos inhumanas. Siento y creo eso, pero también debemos decir otras palabras y cumplir otros deberes...

Orgón, desengañado de Tartufo, grita: — *Tant de fiel entre-il dans l'âme d'un dévot!* El trabajo de una conciencia, que llega a esas altitudes de crueldad; la explicación de cómo un hombre, un hijo de madre, puede concebir esos proyectos, esas hazañas de tigre, es lo que hay que saber y explicar.

Mientras lloran sobre las víctimas pienso, irremediablemente, en ese desconocido que escogía, bajo la riente luz de los focos, el lugar para alzar la muerte. Me sumerjo en esa alma preñada de desolación, de espanto... ¿He dicho desolación? Sí, desolación, porque para que no haya desmayado era preciso le royese el odio hasta la médula y sufrir tanto dolor como dolores iba a sembrar.

¡Un monstruo!, gritan los incrédulos de la psicología.

¡No hay monstruos, gente de poca fe, no hay más que enfermos! Por el atavismo, por la herencia, por el vicio, por degeneración; y si no, enfermos desesperados por la acción social.

Estorba este credo la teoría del castigo. Sustituyendo la intervención penal por la prevención, por el consuelo, por la cura, ¿qué sería del andamiaje represivo? Y ¿para qué se necesita? En el laminador jurídico lo que al entrar es dolor, cambia, al salir, en rebeldía. Preguntadlo a los polizontes, a los jueces, a los verdugos. Los sistemas penales nada lo gran, nada mejoran, ni reprimen. Los anarquistas de Jerez alzaron bandera negra. Cayeron y fueron agarrotados Pallás los vengó. A los manes de Pallás — este es un duelo sin gracia ni tregua — acaban de sacrificarse cien muertos y heridos. Si el matador cae preso, será ejecutado.

¡Y después!

Miremos cara a cara a este *después*. Los cirujanos políticos preconizan la operación cruenta. ¡Si en su lugar empleásemos la antisepsia! Si probásemos a mejorar los dolores proletarios y a tratar con fraternidad a los sufrientes que se alzan en armas.

¿Sabemos nosotros lo que haríamos, colocados en cierto ambiente, viendo perecer sin socorro a los nuestros, gemir, gemir a los niños, llorar a la mujer, no tener ni valor, ni esperanza, ni pan, ni luz, ni fuego... y el lujo de los ricos pegándonos en los ojos?

Esa piedad que se espanta, que enloquece al ruido de las explosiones, ¿por qué no se para ante la explosión de las desesperaciones populares, del inmenso gemido que sube del abismo?

Dos veces, en esta semana, ha hablado la dinamita: en España, en el Liceo, en Francia, del modo siguiente:

Las compañías mineras del Norte, triunfantes en la huelga, se vengan no admitiendo — han sido 500 los cesantes — a los socios de los Sindicatos.

Un minero de Mazingarde, Aquiles Vêret, no ha podido resignarse a la visión de su madre, de su mujer y sus diez hijos hambrientos, y colocando un cartucho de dinamita bajo su almohada, presenta la dimisión de su vida. Las autoridades y vecinos recogieron las tripas del infeliz, las pobres tripas que no pudiendo hartar las esparcía.

Era un resignado, ¡si hubiese sido un rebelde! Pero ¿quién piensa en eso? ¿Quién se para a reflexionar sobre esas "utopías"?

El respeto a la vida humana; la culpabilidad del homicidio; el horror a la sangre. ¡Cuántas bonitas canciones han aderezado con esos motes los cocodrilos de la piedad! Nadie tiene derecho a arrodillarse sobre las tumbas, si no tienen limpias las manos de sangre. Las de ellos, ¿están puras?

Marta Giraudier (1), joven bella, espectadora inocente, yace destrozada en el ataúd, como María Blondeau y Ernestina Diot.

Consuelo Guardida, Mercedes Plajá, la joven Corona, han caído muertas en el Liceo: también las infortunadas Lucía Hublet y F. Peunellier. Otras han salido heridas, como las pequeñuelas Bastain, Elisa

(1) La autora alude, con estos nombres, a las muertas en la carnicería realizada por las tropas francesas en Fouammies. En "Páginas Rojas" les dedica un artículo.

Lecomte, E. Dupont. En Barcelona, no han caído niños; en Fourmies, sí...

No chilléis, no apostroféis, echando más parangones a mala parte. Esto no borra aquello. El fratricidio siempre será fratricidio, porque quien matara a Caín no borraría la muerte de Abel.

Era necesario evocar esos espectros para azotar las misericordias falsas, impidiendo usufructuar la piedad quienes la ultrajan.

RELATO

"Peut être eût-il mieux valu éviter tant de sang".
(*"Le Figaro"*).

En 1892, Jerez se amotinó. Un movimiento sin jefes, sin consignas, sin programas, casi sin finalidad. Gentes hambrientas saquearon las panaderías y, borrachos por la hartura, corrieron por la ciudad expropiando, sembrando desorden.

¿Directores? No los había. Aquella era una masa, un rebaño: los carneros de Panurgo. Cuando empezaron las detenciones se hicieron en los grupos, al azar; después fijaron culpables y responsabilidades para el advenimiento del castigo.

Cuatro hombres, artesanos cargados de familia, fueron estrangulados por el verdugo — les dieron "garrote" como dicen allí — en la plaza pública. Nada pudo conmovir la misericordia real. Mandó recursos a las viudas y a los huérfanos y tranquilizó su conciencia.

Las prisiones rebosaron, no de culpables, sino de sospechosos. Los que no eran monárquicos — entre los obreros, por supuesto — sin motivos, sin auto judicial, fueron arrancados de sus hogares. La cárcel de Barcelona fué la honrada con mayor número de detenidos y con suplicios.

Los cónsules — salvo el nuestro — poco confiados en el enjuiciamiento penal español, reclamaron por sus compatriotas. En efecto, el período preventivo está, bajo el hermoso cielo catalán, al capricho del juez y varía, según su grado, de uno a tres años, durante los cuales los tienen en cueros, donde se amontonan en promiscuidad infame, hombres, niños, viejos, inmundicias, detritus, sufriendo la roedura de la humedad y una perpetua asfixia. Por alimento una sopa donde nadan unas patatas y un pan de 300 gramos; por vestido, unos harapos; como estomacal, palos.

La puerta, a veces, se abría y los carceleros gritaban un nombre: un detenido por error, un reclamado o un sitio que era necesario vaciar. Salía a la luz, a la calle, ¡libre!, y, como al entrar, sin saber su delito. Uno de estos "favorecidos" fué Victor Rougeau. Estuvo preso veintidós meses.

Otro francés, el 9 de febrero, la víspera de la cuádruple ejecución de Jerez, fué capturado en Barcelona por el delito de "opiniones revolucionarias". Nadie le acusó de nada. Su mujer estaba en cinta y el matrimonio tenía ya dos bebés. Amenazaron de tal modo a la infeliz, tales tratos la hicieron sufrir, que malparió, echando de sus entrañas un mondongo sanguinolento. En la agonía, pidió abrazar a su marido. Se lo negaron. Sola, desesperada, buscando en la negrura la frente de los huérfanos, descansó en lo eterno la mujer del anarquista. Para edificación pública enterraron religiosamente, contra su

voluntad, el cuerpo de la que hicieron blasfemar en la hora de las consolaciones supremas.

Otro, también francés, pasó allí veintiocho meses de prisión preventiva.

Los españoles, muchos de ellos, se suicidaban, hartos de esperar. Los amigos "ayudaban" a los amigos. Rehusaban algunos comer aquel pan y aquel hervido que despreciarían los puercos; se envolvían en los restos de las capas y, estoicos, iban hacia la muerte, en una agonía de noches, de días eternos.

La epidemia era su segunda libertadora. En el silencio preñado de suspiros, en la sombra apesada, vibraba, ronco, el resuello de un agonizante. Las manos, los pies de todos tanteaban buscando. Cuando encontraban el cuerpo, ya no vivía. Rezaban los creyentes; llenaban de blasfemias la mazmorra los descreídos. Todos apuñeaban la puerta llamando a los carceleros, no fuera que, cual otras veces, conservaran el cadáver putrefacto de su compañero tres días.

Entre todos los jefes de la represión, Martínez Campos fué el implacable. Paulino Pallás tiró una bomba a los pies de su caballo. Paulino Pallás fué ejecutado y de nuevo estallaron las ergástulas. Empezaron las detenciones caprichosas, los racimos humanos corrieron por los caminos. En Barcelona cien nuevos cautivos se sumaron a los precedentes; los cuarenta y seis detenidos de Valencia fueron golpeados furiosamente con vergas de nervios de toro.

El director de la prisión de San Gregorio, en Valencia, era el mismo que administraba la cárcel de Jerez en 1892. Fué maltratado por Zarzuela, uno de los ajusticiados algunos días después. Inútil describir sus sentimientos. He aquí cómo los manifestó:

Estaban restaurando el edificio. En el patio había una reja de hierro de unos 1.400 kilos de peso. El director escogió entre los prisioneros los ocho más débiles, y, para estimularlos, puso a su servicio un cabo de vara. Entonces mandó:

—Levanten la reja a hombros.

A pesar del esfuerzo enorme, angustioso, la masa de hierro no oscilaba. Los vergajos chocaron en las espaldas curvadas.

—Duro con esos cochinos.

—No se puede — murmuró uno.

Entonces, para facilitar la operación de los ocho, retiraron dos. Luego quedaron cuatro, las vergas cantaron implacables en sus lomos.

Uno murió.

"El Productor" relató estos hechos. "Le Gaulois" y "Le Figaro", garantizando su veracidad, narraron lo siguiente que "Le Gaulois" ofrecía a nuestros jueces, excesivamente timoratos.

Las narraciones de los periódicos franceses se referían a los medios que los jueces usan con los reos o testigos recalcitrantes para obligarles a declarar o denunciar. El procedimiento resulta curiosísimo. Oíd. Durante tres días se alimenta al hombre con pan duro y bacalao seco, sin darle ni una gota de agua. Pasado el término de alimentación, se le lleva al despacho del juez. Dos agentes sostienen a la bestia que espumea, rojos los ojos. El juez juguetea con una botella de agua.

—¡Quiero beber! ¡Beber! — gruñe el supliciado.

—Ya beberás, hombre, ya beberás; pero antes de clara.

—¡Quiero beber!

—Sí, hombre, sí. Pero ¿verdad que Fulano estaba contigo, que Zutano ha dicho esto, que Mengano hizo lo otro?

—¡Tengo sed! ¡Beber!

Arrodillado, babeando sangre, sollozando de deseo, alarga el infortunado las manos. Entonces, el animal dice todo cuanto quieren que diga. Venderá a su madre, delatará a su padre, entregará a su hijo, traicionará su ideal.

En las mazmorras escogieron los cómplices de Pallás; gentes que no le conocieron o le conocieron muy poco, sospechosos, empero, a la policía, como sabedores de sus proyectos.

Por sospechas, por presunciones, salieron condenados a muerte cinco hombres. El Tribunal Supremo, aumentó uno más. Esos seis hombres respondían a los apellidos de Cerezuela, Sogas, Arch, Bernat, Sabat y Codina.

El 20 de mayo, dice nuestro compañero Mondragón, cercados de guardia civil y policía, llegaron a Monjuich. La Cofradía de la Paz y Caridad subió los atadúdes. En la plaza de Armas leyeron la sentencia, Cerezuela, Sogas, Arch, Bernat y Sabat, rehusaron firmarla, asegurando su inocencia. Codina consintió, quitándose la gorra para oír la lectura del veredicto que lo excluía de entre los vivos. Firmando la sentencia dijo:

—Ya está; ahora hay que morir dignamente.

Por la tarde, siguiendo costumbres, vieron a sus familias. Arch recibió a su mujer, su cuñado e hijo; Sogas a su mujer, a su hija y cuatro hermanas; Bernat a su viejo padre; Sabat a su mujer y a cuatro hijos.

Sabat dijo:

—Os prohibo llorar y os ordeno que me venguéis. Aprended a morir. ¿Comprendéis?

Codina no quiso ver a los suyos.

—Mi padre es viejo y está enfermo; no le digáis nada. Mi familia pasaría un mal rato si me viese. Vale más evitarlo. Quiero morir como se debe morir en mi caso.

A cien metros de la fortaleza escuchaban, pálidos, la gritería quejumbrosa de las mujeres.

A las seis de la mañana, salieron hacia el martirio los condenados. El cielo negro, estriado de claridades, regaba la tierra con una lluvia espesa. Sogas, Arch y Bernat llevaban chaqueta. Sogas — el único que transigió con la iglesia — se balanceaba, repitiendo con los ojos lacrimantes:

—¡Mis hijos... mis pobres hijos!

Arch marchaba calmoso; Bernat también.

Cerezuela, Sabat y Codina vestían blusa larga. Cerezuela andaba con dificultad; pálido (1) el rostro por los tormentos. Bernat iba tranquilo; Codina con aplomo, ni cobarde ni jactancioso, la frente erguida y serena la mirada.

(1) Había sido espantosamente atormentado en el bajo vientre.

Los fusilaron cerca de la muralla, arrodillados, con vendas en los ojos y de espaldas, a pesar de que Codina y Sabat pidieron morir de pie y de cara.

El cura empezó a rezar el Credo. La descarga cortó la oración. Codina y Sabat solos — que quisieron morir de frente — no cayeron. Tiraron otra vez. Sabat rodó; Codina, no. Tiraron de nuevo y esta vez Codina cayó, necesitando el golpe de gracia. ¡Qué bien agarrado estaba a la vida!

La Cofradía de la Paz y Caridad los colocó en los ataúdes y dos carros llevaron los féretros, tras los cuales lloraban el padre de Bernat y el hermano de Arch. Las detonaciones escaparon hacia el mar, sobre el que, a bordo del "Navarra", esperaban su suerte cuatrocientos prisioneros.

¡Y en España reinaba una mujer — una madre!

Esos seis hombres eran inocentes, como lo probó la declaración espontánea de Santiago Salvador, preso y ejecutado más tarde, por la explosión de "El Liceo".

LA SUPREMACIA DEL SABER

Carta dirigida a "La Reforma" de Bruselas:

Señor director:

"He leído en su periódico que piden los de París mi encarcelamiento. Permítame decirles, por medio de Vd., que me constituiría inmediatamente en prisión si ésta se decretase. Y no por dar una satisfacción a esos señores, sino por un sentimiento de deber hacia mis convicciones. La cárcel no me atrae, pero en la cárcel puedo terminar dignamente una vida que me honra.

Mis respetuosos saludos

Elíseo Reclus".

Todos, aun los parciales enemigos, hallarán en esta carta una rotunda sinceridad. Tratarase de un cualquiera y mi impresión, mi declaración, serían análogas. Nisard ha descubierto dos morales, pero nadie ha imaginado dos verdades, como nadie ha descubierto dos soles.

Y las noticias llegadas no son para atenuar la convicción de que Reclus es un alma honrada, ni para destruir la sensación de que el poder ilimitado, irreductible, del triunfador en el arte o en la ciencia, domina todas las aseveraciones enemigas.

Despedido por la pusilanimidad oficial y por causas totalmente extrañas a la enseñanza de la universidad, de la cátedra a que tenía triple derecho por su renombre, autoridad y competencia, Elíseo Reclus, ha dado sus dos primeras conferencias geográficas en salones hospitalarios y libres.

La hidra de la anarquía no ha arrastrado sus anillos por las calles de la buena y tranquila ciudad de Bruselas. No han habido más explosiones que las de los ¡bravos! al maestro y las de los aplausos que precedían y epilogaban sus peroraciones.

¿Cómo han sido estas conferencias? ¿Subversivas, implorando la destrucción y la carnicería, desencadenando por Flandes y Brabante las fantasmagorías de la guerra civil?

Veúdo:

En la primera, hablando del nuevo Edén y de la carrera que hacía la felicidad hacen los seres humanos, terminó con una filosofía melancólica, que el instinto de *lo mejor* soñado por cada ser, podría, acumulado, convertirse en una fuerza sociológica, matriz de un mundo mejor.

En la segunda, después de narrar la historia de la geografía y hecho notar las etapas de la conquista del Misterio, hasta llegar a la unión de los dos hemisferios, la sutura de los polos, terminó con esta frase tremenda: "Nosotros tenemos, hoy, la tierra entre las manos. Falta saber lo que nosotros haremos de ella".

Ni tembló el palacio real ni cayeron los ministros, y los belgas, pacíficos, imperturbables, han seguido fumando sus pipas en el fondo de las familias, de las silenciosas cervecerías.

El auditorio, tras las conferencias respetuosas, se dispersó, pensando en esa bola, formada por la Naturaleza, manejada por el Destino, expuesta, incensantemente, a los accidentes y a las catástrofes cósmicas y cuyos desastres parciales se llaman guerra, peste, grisú, explotación económica, productores de cadáveres, guadañados a filas, en las rasas planicies, en las minas negras, en el arroyo...

* * *

La Facultad de Bruselas asiste, un poco inquieta, a este triunfo. La policía, los gobernantes tampoco están contentos. Ellos, sin el escándalo, hubieran hecho algo, interviniendo, expulsando, pegando. El

EDUARDO MILANO

EL PRIMER PASO HACIA LA ANARQUIA

(V y último)

EL CONTRATO MATRIMONIAL

Si nos propusiéramos estudiar los hábitos de las diversas especies de animales gregarios, veríamos que las hembras se acoplan temporalmente con los machos de su elección. Hechas madres, atienden a la cría y a la educación de los hijos, y la una tanto como la otra encuentran en el grupo en que viven libremente asociados, ayuda y defensa.

No muy desemejante debe haber sido la condición de la mujer en los primeros tiempos de la humanidad.

Es fácil imaginar cuál debía ser el bienestar de la mujer primitiva, cuando disfrutaba de la máxima supremacía sobre el hombre, cuando eran sencillas las relaciones y los hábitos, cuando los abundantes productos naturales de los bosques espléndidos y de las riberas de la época terciaria — plioceno — bastaban para satisfacer ampliamente las limitadas necesidades suyas y de sus hijos, cuando la educación

odio creado por el miedo es bestial.

Entretanto, en un silencio de iglesia, las frases evocadoras hacían ver las cosas evocadas; ese trozo de humanidad, con los ojos y los oídos muy abiertos, absorbía gérmenes de ciencia y de reflexión. El buen grano echado por el viejo sembrador cayendo en los surcos humeantes de la muchedumbre.

Esas gentes ansiosas de instrucción, anhelantes por descubrir el velo de lo desconocido, ¿qué piden, qué quieren? ¿Qué proyectos culpables esconden? ¿Qué ideas titilan en sus pupilas serenas? ¿Cuánta inquietud por averiguarlo! Algún juez, para llegar a lo hondo de esos cerebros misteriosos, acudiría de muy buen grado a la trepanación, para coger esa sombra vestida de vapores, alada como las mariposas.

* * *

Execrable, desesperante, pero ello pasa, ello es. De ahí esas condenas inexplicables, las proscipciones imbéciles. De ahí Juan Grave afeitado, revestido con uniforme presidario, las manos escoriadas, las manos que escribieron sueños de libertad. De ahí Sebastián Faure, encarcelado sin pretexto. De ahí Eliseo Reclus, honor de nuestra ciencia, llevando sus lecciones admirables a los presidios y a los destierros. Y, Universidades de Francia, ¿dónde está el geógrafo que podéis poner frente a éste?

Pero no, vale más quede su cátedra vacía... Mirando su cara de apóstol, oyendo su palabra dulce, midiendo su saber y su valer, los espíritus más parciales, cautivados, como en Bruselas, piensan de pronto que es un anarquista. Y quedan pensativos.

de éstos era quizás la única y la más predilecta de sus ocupaciones.

La mujer se convirtió después en objeto de conquista brutal para el hombre. Mantegazza, entre los pueblos antiguos que practicaban tan bárbaro uso, cita como ejemplo a los espartanos, a los antiguos germanos, a los magyares, a los serbios, a los maroditas de la Turquía europea... Un volumen entero, agrega el mismo, no bastaría para describir las formas de matrimonio empleadas por los pueblos modernos y que suscitan el recuerdo de la antigua rapiña.

De lo que podemos argüir que la mujer fué tal vez la primera en probar las cadenas de la esclavitud.

El uso del rapto fué sustituido con el tiempo por la compra a los padres; y también en este segundo caso son muchos los ejemplos citados por Mantegazza.

El progreso moral y social nos ha llevado finalmente al *contrato matrimonial*, contrato mediante el cual las leyes vigentes permiten a la mujer venderse a quien le parece y le agrada.

Gracias al contrato matrimonial vemos todos los días una infinidad de miserables muchachas ligando indisolublemente su destino a un viejo, a un inválido, al primer llegado, con tal de verse sacadas de la vida de dolorosa abstinencia, de incertidumbre y de aislamiento a que la sociedad presente condena a las muchachas pobres.

No son menos frecuentes ni menos inmorales los contratos matrimoniales de conveniencia o de interés si se quiere decir, en la clase burguesa.

Es precisamente en esta clase donde vemos de continuo la caza al macho, al marido, hecha por el sexo bello, favorecida, estimulada por los padres de modo impúdico, escandaloso, y eso con la máxima desenvoltura; la falsa moral burguesa enseña tácitamente que todo lo que es útil es bueno.

Dice Pisacane: "La meretriz que sin amor vende su cuerpo, la mujer que sin amor suscribe un contrato matrimonial, se prostituyen, igualmente.

"La primera es obligada por la necesidad a venderse por breve tiempo; la otra es más despreciable, porque sin necesidad se vende para siempre; aquélla no promete amor, ni se obliga a renunciar a él; ésta lo promete para siempre, casi meditando el perjurio".

Gracias a los contratos matrimoniales, ¿en cuántas familias encontramos hoy una paz envidiable?

Torrentes de lágrimas veo caer entre las paredes domésticas del rico burgués donde el auditorio va al paso con el incesto, donde el dinero, la ambición, la envidia, el odio, la avaricia, la gula, la blandura crean monstruos.

Torrentes de lágrimas veo caer entre las paredes domésticas del pobre, donde la existencia del hombre y de la mujer es a menudo un continuo martirio, donde la tisis y la escrófula, a causa de las forzadas privaciones, hacen víctimas innumerables, donde la ignorancia acoplada a la miseria, engendran vicios abominables, odios implacables, donde los hijos absorben con la leche los principios inmorales que no volverán a abandonar, y que a su vez dejarán en herencia a las generaciones del porvenir.

Espectáculo no menos mísero nos presenta fuera de las paredes domésticas la actual sociedad en plena decadencia moral y física.

Son millones los infelices que asustados por las funestas consecuencias a cuyo encuentro va el que se somete a las obligaciones del contrato matrimonial, se abandonan a la masturbación, a los abrazos mercenarios, preparándose una raza de anémicos y de sifilíticos. Son millares y millares las pobres muchachas que no habiendo hallado la fuerza para resistir, *no habiendo sido bastante astutas*, se atrevieron a rebelarse por un instante contra la jesuitica moral burguesa-religiosa y condenadas despiadadamente, se vieron obligadas a tomar el camino del prostíbulo, entre el desprecio, la mofa, los insultos de los hipócritas, de los viles...

¿Y quizás si mañana se modificaran radicalmente las bases del vigente sistema económico, como para conseguir la igualdad social, el contrato matrimonial cesaría de ser pernicioso, inmoral?

¡No, nunca! Es la negación absoluta de las leyes naturales, y la naturaleza es inexorable en castigar a aquellos que transgreden sus leyes. Por eso será siempre despreciable la religión que pone como condición de la satisfacción de la más natural de las necesidades, el más inmoral y desastroso de los contratos, y ese contrato, para colmo de impudor, lo enumera entre sus sacramentos. Será siempre inmo-

ral la ley que por un *si, pronunciado* en un momento de embriaguez, condena a dos personas, que pueden tener incompatibilidad absoluta de carácter, a una vida de presidio.

Será siempre inmoral la ley que, aunque fuese por pocos instantes, tiene sometida la mujer al hombre que no ama ya y por quien a menudo siente invencible repugnancia. Será siempre falsa la moral que condena a los que se atreven a rebelarse contra el absurdo de la llamada fe y de la llamada ley.

"El código penal actual no está fundado sobre las leyes de la naturaleza, y su obediencia es por completo incompatible con el bienestar de la sociedad. No hay ninguna ley natural, moral o física, que prescriba al hombre o a la mujer la limitación de sus afectos a un solo objeto para toda la vida, y la tentativa de establecer tal ley sería vana aunque se quemase vivos a los transgresores, como hacían los hebreos.

"Es absolutamente imposible tener en nuestra sociedad una moral sexual libre, sincera y digna mientras el matrimonio sea el único modo *honesto* de conjunción de los sexos" (v. Elementos de ciencia social, trad. del inglés).

El amor: he ahí el único vínculo que puede unir los dos sexos. Todo otro ligamen es mercenario, inmoral.

La familia, dicen los sociólogos a sueldo de la burguesía, es la primera sociedad y la base de toda otra.

¡Mentira!

La familia, tal cual nos es dada por el contrato matrimonial, repetimos nosotros, es el primer fruto de la violencia de la conquista brutal. Es símbolo de egoísmo; egoísmo que quisiera eternizar los bienes de la familia remitiéndolos de padre a hijo; egoísmo que divide a los hombres azuzándolos en la lucha encarnizada, inhumana que dura siglos entre ellos. Por eso la familia actual debe desaparecer inevitablemente habiendo cumplido su tiempo, siendo como es obstáculo a aquel principio de fraternidad, de solidaridad y de libertad sobre el cual se apoyará el orden social del porvenir.

LA FAMILIA ANARQUISTA

Siendo el amor el único vínculo que puede unir los dos sexos, en la anarquía, la mujer, emancipada finalmente de los lazos odiosos que se le impusieron por los vigentes códigos burgueses, moral y civil, gozará de los mismos derechos que el hombre: es decir, será plenamente libre.

Garantizando a la mujer la máxima libertad, la gran familia anarquista del porvenir pensará en satisfacer cada una de sus necesidades de mujer y de madre. De modo que durante su gravidez, el parto, la crianza, cuando le faltara la asistencia del hombre que se había elegido por compañero, la comunidad, el grupo anarquista, le prodigarán las mismas amables atenciones de que podría ser capaz el esposo más afecto.

Llegados los hijos a la edad en que debe comenzar su instrucción y educación, el grupo, la comuna anarquista, no los arrancará al afecto de sus padres, pero estando en el deber de hacer de ellos hombres honestos que mañana tomarán parte activa en el consorcio humano, tratará de instruirlos y educarlos del mejor modo.

A los mismos, alcanzada la edad en que deben ser completamente emancipados, nos parece, la comuna,

el grupo anarquista, por medio de los maestros, les debería hablar poco más o menos así:

"Habéis recibido una instrucción y una educación en lo posible completa; conocéis por tanto cuál es el bien y los medios de conseguirlo.

"Procurad ser virtuosos, sin impostura, trabajad en el límite concedido por vuestras fuerzas, tratando de devolver a la sociedad lo que ésta os ha anticipado, y tened presente que en cualquier caso, tanto en caso de infortunio como de vejez, encontraréis en ella la máxima asistencia amorosa".

¿No parece que esta misión de la gran familia anarquista es más noble que el de la presente minoría de dominadores privilegiados que — como los piojos, las chinches, las ladillas — viven, engordan, chupan la parte mejor de la sangre de millones de miserables, expresamente mantenidos en la ignorancia, en el embrutecimiento, a fin de que resulten dócil instrumento de la explotación, del despotismo?

¿No parece que esta tarea de la gran familia humana es más noble que la que tienen hoy los gobernantes de arrancar millones de pobres jovencitos del lado de sus padres para educarlos en el odio a sus semejantes, para instruirlos en el arte del exterminio?...

Bien venga, pues, la nueva era de paz, de fraternidad, de solidaridad.

Entonces solamente la mujer, hallándose en la plenitud del propio ser, se convertirá en un instrumento activo y vigoroso del humano consorcio.

Entonces ni una lágrima, ni una nube turbará su feliz existencia, de mujer, de esposa y de madre.

Entonces cesará el triste espectáculo que nos presenta la actual sociedad en los bajos fondos sociales donde millones y millones de pobres niños crecen como bestias, privados de asistencia, carentes de lo necesario, enfermizos, ignorantes, rodeados del mal ejemplo, malos vicios, destinados a dar el gran contingente de los delincuentes, para los cuales la burguesía, después de haberlos asesinado en los derechos más sacrosantos, no tiene más que desprecio.

Entonces la moral anarquista, puesta en la base de la educación del macho y de la hembra, nos garantizará contra todo libertinaje, cosa que la sociedad no obtuvo hasta aquí nunca de la jesuítica moral burguesa religiosa, siendo esta la negación de las leyes sabias, inalterables, eternas de la naturaleza.

Entonces desaparecerá para siempre la enorme falange de los masturbadores.

Entonces desaparecerán los grandes males que se derivan de la abstinencia, como son la locura, el histerismo, la captalesia, la ninfomanía, la satriasias.

Entonces no habrá ya motivo para que exista la prostitución, y con ella desaparecerán también los delitos contra natura, que forman una de las grandes plagas del siglo presente.

Entonces no ocurrirá ya a la mujer, a la compañera del trabajador, que considera toda gravidad como una maldición del cielo.

Entonces el gusano del afán cesará de corroer el corazón de los padres por la incertidumbre sobre el porvenir de la propia prole.

Entonces, solamente entonces, la familia hoy muy a menudo desastada por el parricidio, por el uxoricidio, por el fratricidio, será elevada a la última expresión humana.

Como el amor de patria, rotas las funestas barreras del viejo prejuicio, se funde poco a poco en el

amor cosmopolita, el amor egoísta de la familia con igual constancia tiende a fundirse en la humanidad.

Es la secreta aspiración de las masas, es el más bello ideal de los anarquistas.

¡Noble aspiración, caro ideal, que en un porvenir no lejano nos aportarán los mejores frutos!

LA RELIGION O FE EN LO SOBRENATURAL Y LA CIENCIA

Con la palabra religión se quiere significar comúnmente el culto a una divinidad cualquiera a la que ordinariamente se atribuyen la creación de la naturaleza-universo y la emanación de aquellas leyes que gobiernan la naturaleza.

De ahí precisamente la denominación de fe en lo sobrenatural, que se da a todos los cultos religiosos, es decir fe en divinidades creadoras y reguladoras de la naturaleza.

La fe en lo sobrenatural o fe en leyes divinas, nació de la ignorancia de las leyes naturales con que la eterna naturaleza viviente se gobierna por sí misma en su todo infinito.

La errónea creencia o fe en lo sobrenatural es la primera dificultad con que tropezó el débil espíritu del hombre apenas surgió de la animalidad.

Los primates, que merecieron el título de hombres vírgenes de saber, pobres de espíritu, ante el espectáculo de los diversos fenómenos terrestres y celestes, ante el contraste de los fenómenos mismos — el resplandor de los relámpagos, las lluvias torrenciales, los vientos enfurecidos, y luego la aparición del sol benéfico, la sonrisa del cielo, etc. — debieron permanecer profundamente impresionados.

Entonces ciertamente se preguntaron también el por qué de estos fenómenos y, primer error, afectados por la falaz apariencia de las cosas, en lugar de adivinar en ellas la manifestación de leyes naturales, propias de la naturaleza misma, imaginaron la presencia de seres omnipotentes, buenos y malos, palpables y ocultos.

De esta errónea suposición, nacieron los primeros ruegos al sol benéfico, los primeros conjuros al fulgor destructivo, las primeras ofrendas — sacrificios — para implorar benevolencia y protección.

Del fetichismo — idolatría — surgió la fe en los dioses antropomorfos (a semejanza del hombre).

Con estos parece que el hombre ha tratado antes de explicar el orden admirable de la naturaleza.

Los antiquísimas cosmogonias chinas nos presentan a Puk-Vese, un viejo exhausto por el trabajo, provisto de buril y martillo, dedicado a la ordenación de la materia informe.

Nació después la idea no menos absurda de la creación.

Divinidades omnipotentes sacan el universo de la nada, con admirable desenvoltura.

Moisés, el escritor del primer capítulo de la Biblia, llegó al colmo de la locura en esa carrera vertiginosa por el reino de lo fantástico.

Desde su primer resurgimiento a su declinación, innumerables fueron las graduales modificaciones que en el curso de los siglos sufrió la fe en lo sobrenatural.

Nos lo atestiguan las religiones hoy existentes en las diversas partes del globo, en diverso grado de desarrollo, y ejemplos variadísimos nos presenta la historia de las desaparecidas.

La historia del humano progreso nos demuestra que es persistente, congénito en el hombre con la

razón, la necesidad de explicar el por qué, el cómo y el cuando de las cosas.

Cuando no puede descubrir, supone, inventa, se ha dado a menudo por falsos ideales que, alejándolo miserablemente de la realidad, lo condenan a amar desilusiones.

Es el eterno espíritu de progreso que engendró la ciencia, llevado por la razón, noticia segura de algo, dependiente de verdadero conocimiento de sus principios, teniendo por único fin: la investigación de la verdad."

En el curso de los siglos, a medida que la ciencia multiplicaba sus descubrimientos, hemos visto que las religiones, no pudiendo negar los hechos, eran obligadas a modificar sus absurdos artículos de fe, con esto de peyorativo, que hacían eso forzadamente, pues todo gran descubrimiento científico era casi siempre la condena irrevocable de una superstición religiosa.

Hoy finalmente la ciencia ha vencido. La fe, el coloso de pies de arcilla, con sus dioses, los grandes espantajos de las conciencias, ha caído.

La luz de la verdad expulsó las tinieblas del absurdo elevado a verdad de fe, pero ¡cuán larga fué la contienda, y cuántos genios cayeron en ella víctimas del intolerante fanatismo religioso!

¿Quién no conoce ahora las maravillosas conquistas de la ciencia moderna?

Obrero ¡observaste alguna vez como de un granito de semilla se desarrolla un arbusto, crece, se hace planta, da a menudo las más bellas flores, los mejores frutos y luego, envejecido, muere, se disuelve, para volver a convertirse en materia elemental y servir a la sucesiva formación de otras plantas, de otras flores y de otros frutos?

Ahora bien, la física, la química, la mecánica celeste nos demuestran con datos positivos, irrefutables, cómo en una nebulosa, materia gaseosa elementalísima, desde un pequeño centro de condensación (fuego), en virtud de la ley de atracción, se desarrollan los sistemas planetarios, los soles, los planetas, sus satélites, que pueblan el universo infinito.

La ciencia nos prueba hasta la evidencia cómo estos soles (estrellas fijas), esos planetas (mundos) etc., florecitas del infinito, dados los más bellos frutos, envejecidos, morirán, se disolverán para convertirse otra vez en energía, eter, nebulosa, y servir a la sucesiva formación de otros soles, de otros mundos, por un giro indefinido, eterno, del tiempo, sin que se pierda un átomo de materia porque al infinito no se le puede quitar nada, no se le puede agregar nada; porque, enseña la química, es imposible que un átomo se cree o se destruya (v. *El mundo antes de la creación del hombre*, por Flammarion).

Los mundos nacen, se desarrollan y se disuelven continuamente en los espacios y de los sistemas disueltos surgen otros, que a su vez en los tiempos lejanamente futuros cederán el puesto a los nuevos que se formen (v. "Lezioni sull'uomo", según la teoría de la evolución, profesadas por Morselli en la Universidad de Turín).

No se detienen aquí las conquistas de la ciencia.

Visto el absurdo de la hipótesis de una creación de la nada, de una creación sobrenatural, el hombre de ciencia, desde el principio de este siglo, se ha preguntado: ¿Cuál fué el origen del mundo orgánico? ¿Cuál el origen de los animales y de las plantas que pueblan la tierra? Y dijo después al teólogo: —Sobre la fe de la sagrada Biblia tú afirmas que fué uno solo para cada especie, la pareja de animales creada desde el principio por tu dios.

Tomemos por ejemplo la especie de los perros y de los hombres.

—¿Cómo es que de una sola pareja de perros salida de las manos del creador, tuvieron origen tantas variadísimas razas como vemos a partir del perrito que entra comodamente en un bolsillo de tu sobretodo, al alano, al terranova, al lebel, al danés, al gran San Bernardo? ¿Cómo es que de una sola pareja de hombres, macho y hembra, se formaron la raza negra, la blanca, la mogola, etc? — De la primera pareja de perros y de la primera pareja de hombres, a través de muchas generaciones, surgieron las razas aludidas y éstas necesariamente fueron producto natural, responde el teólogo.

—Por tanto, replica el hombre de ciencia, la naturaleza tanto en el reino animal como en el vegetal, tiene sus leyes propias en virtud de las cuales un ser orgánico, es decir un animal o una planta, por el camino de lentas y sucesivas modificaciones determinadas por el ambiente, etc., y transmitidas y heredadas de padre a hijo, puede separarse de tal modo de su prototipo como para perder todos los caracteres de la raza, formando una especie nueva.

El campesino, con la perspicacia que lo caracteriza, nos dice que entre la zorra, el perro, el lobo, la hiena, el chacal, existe un parentesco no lejano.

Así, entre el caballo y el asno, que todavía se fecundan entre sí, así entre el canario y el jilguero, entre el conejo y la liebre, etc.

Precisamente del estudio de estas leyes, la ciencia moderna, con un Buffon, un Geoffroy-de-Saint-Hilaire, un Darwin a la cabeza, ha llegado a demostrarnos cómo del infimo gusanito, de una célula viviente, producto natural, espontáneo de la materia, por vía de lentísimas y progresivas modificaciones, en el curso de millones de años, han tenido origen sucesivamente, desarrollándose los unos de los otros, los moluscos, los peces, los anfibios, los reptiles, los mamíferos, y entre estos el hombre.

Y la geología, nacida ayer sin embargo, ¡maravillosa previsión de la naturaleza! — como si el



descubrimiento de las mencionadas leyes no basta, se, la geología, con la innumerable cantidad de animales y plantas fosiles encerrada en los profundos estratos terrestres, viene a confirmarnos luminosa-mente la progresiva evolución del reino orgánico.

Bien ordenados, los más simples a partir de los estratos más bajos y así sucesivamente, por orden en una escala ascendente, la naturaleza en millones de años conserva fosilizados (petrificados), los animales y las plantas, que de acuerdo a sus leyes inmutables, se desarrollaron en las épocas geológicas transcurridas.

El hombre, surgido de los monos antropomorfos, forma el último anillo de la cadena evolutiva del reino animal.

Espíritu del hombre, alma humana, sentencia con toda franqueza el psiquiatra moderno, tú no eres más que una manifestación de aquella energía que es esencial a la naturaleza toda.

"La naturaleza se continúa en el hombre sin oposición o interrupción. Naturaleza y hombre forman una sola realidad cósmica" (Morselli, op. cit.).

Pero ¿el libre arbitrio, la razón, la conciencia? — siento murmurar.

¿El alma, querréis decir?

Por los rastros del libre arbitrio, de la razón, de la conciencia, tratad de buscar el alma en un niño recién nacido, cuya inteligencia está al nivel de la de las ostras; buscadla en una persona adormecida o desvanecida, idla a estudiar a los hospitales en ciertos cretinos que no tienen siquiera la conciencia del propio yo, buscadla en los imbéciles.

Basta una gota de sangre de más en el cerebro, para hacer desaparecer vuestra alma, oh teólogos!

La creencia en el alma, espíritu inmortal, como la de un dios, no tiene ya sentido común; hacen sonreír al estudiante de ciencias naturales, como harían sonreír a cualquier profano de la ciencia el que quisiera atribuir al magnetismo y a la electricidad cualidades espiritistas sobrenaturales.

La fe en lo sobrenatural, el espiritismo en todo el sentido de la palabra, ha cumplido su época.

Desde todas las cátedras universitarias del globo se tributa el culto racional a la eterna naturaleza viviente.

Es el culto de Teletes, de Empídocles, de Heráclito, de Demócrito, de Xenófanes, de Epicuro, de Lucrecio, etc., los grandes, los excelsos filósofos de la edad antigua, los vaticinadores de las conquistas de la ciencia moderna.

Tal la religión oficial del mundo científico, y concluiré con un escritor francés, vosotros, oh teólogos, vosotros, sacerdotes de cualquier iglesia, vosotros, sostenedores de la fe en lo sobrenatural, del absurdo elevado a dogma, podéis contrastar todavía por algún tiempo la difusión en el pueblo, pero no está ya en vuestro poder aniquilarla.

LOS SIGNOS DE LOS TIEMPOS Y LAS COSAS QUE TIENEN QUE SUCEDER

En los primeros años de la era vulgar, en aquella Roma bajo cuyo dominio yacía el viejo mundo, en aquella Roma que habla elevado al culto de los altares, durante su vida, a un César, a un Calígula, el despotismo de los gobernantes, la venta de los más altos y delicados cargos, las intrigas de los cortesanos, las venalidades de los funcionarios públicos, la degradación religiosa, el adulterio y la prostitución

ostentosas, el máximo cinismo en las calles y en los palacios de los patricios, los patricios soberbios, sin corazón, arrojando el oro a manos llenas en saturnales escandalosas y en cambio, los esclavos innumerables considerados poco más que brutos, todo indicaba que las bases del poder, de la fe y del sentimiento se habían sacudido.

Sin embargo, en los bajos fondos sociales, los principios de la igualdad moral, de amor y de caridad, predicados centenares de años antes por Budha, por Confucio y por Filón, y por el reformador Jesús, unidos al culto monoteísta más simple, abrían nuevos horizontes a la clase de los desheredados, de los oprimidos, de los esclavos.

Los poetas, los filósofos, la gente de corazón y de sentimiento, decían que se preparaba una gran revolución moral y religiosa.

Los que disfrutaban, entusiastas con el presente, enfatuados por las falsas glorias del pasado, confiados en el prestigio de las legiones que habían subyugado al mundo, rieron al principio. Cesaron de reír y persiguieron a los afiliados a la nueva secta, cuando los vieron asustados acrecentar enormemente su número. No desestimaron el recurso de inventar infames calumnias; pero nada valió, y al precio de millares de mártires, la nueva fe se levantó sobre las ruinas de los antiguos cultos, la igualdad moral se convirtió en un hecho cumplido, el amor y la caridad consiguieron suavizar un poco la dureza de los corazones, el esclavo se transformó en siervo de la gleba...

Al finalizar el siglo pasado, Voltaire, descubriendo que el progreso científico intentaba libertarse resueltamente de las trabas del catolicismo fosilizado en el dogma, descubriendo que los antiguos privilegios de la nobleza, del clero estaban irremisiblemente condenados por el progreso moral y social, dijo: "Todo lo que veo echa las semillas de una revolución que vendrá irrevocablemente. La luz está de tal modo difundida que aparecerá a la primera ocasión".

También entonces rieron los ricos, los confiados en la fuerza de los ejércitos y en la del prejuicio con que el cura creía tener eternamente encadenado al pueblo.

Y la revolución vino terrible, inesperada, como sacudida telúrica (1789).

Hoy, más que nunca en los diversos estados decrepitos, la caza desenfundada al poder, la impúdica cortesanería, el affairismo misterioso, la venalidad y la arrogancia de los funcionarios públicos, los magistrados serviles con los ricos, que no se preocupan de la plebe, las leyes inicuas y mentirosas, los oficios más sagrados convertidos en instrumento de lucro, los despojos francos y secretos, los impuestos directos e indirectos desproporcionados, exorbitantes, las deudas públicas en continuo aumento, el egoísmo y la ambición único estímulo a la actividad en la clase acomodada, las tabernas, la especulación, las quiebras dolosas y la usura en continuo aumento, la vida de ociosidad de la burguesía, altiva, despreciadora, sin corazón, la inmoralidad triunfante con el latrocinio, la prostitución, el adulterio y la sodomía en guantes amarillos, la fe en lo sobrenatural deshecha por el progreso prodigioso de la ciencia y de la filosofía, el ateísmo profesado abiertamente, el desprecio manifiesto del pueblo por el cura, en el cual vé a un parásito eternamente ligado, por razón de interés, a los explotadores, al Estado que vive de las plebes hambrientas, las cri-

sis continuas, el número enorme de los desocupados, el exodo espantoso de la emigración, los actos espontáneos de solidaridad entre los obreros de los diversos oficios, de las diversas ciudades, de las diversas provincias y de las diversas naciones, los organicismos de resistencia, las huelgas incesantes, colosales, las sacudidas, las represiones sangrientas, el odio profundo de la clase explotada contra la explotadora, opresora, y, por último, la nueva moral que nace en el bajo pueblo, donde tanto se sufre, moral ignorada por el rico que disfruta, moral que fascina a los desheredados, templándolos en la nueva fe, en la nueva esperanza, en el nuevo valor, todos estos signos nos anuncian un cataclismo social de que la historia no nos presenta ejemplo.

A diferencia del pasado, siendo hoy general la previsión de lo que debe suceder en breve plazo, la burguesía amedrentada, después de haber apuntado inútilmente las armas del ridículo, de la calumnia y de la persecución a la idea que crea mártires y asegura la victoria de la causa, intenta el último desesperado expediente: el de la desfiguración.

Todos los burgueses hacen ya profesión de socialismo. Se dicen el partido del orden, de los bien pensantes, de la evolución.

También ellos quieren la igualdad social y hasta la revolución, pero no es todavía tiempo, es preciso aprovechar la papeleta electoral, hay que dormir todavía un poco... y sobre todo, si se quiere que las cosas se arreglen pronto y bien, no hay que dar oído a los anarquistas, delincuentes natos, material de presidio, o por lo menos, de manicomio, a quienes proveen los gobiernos.

Vanas calumnias, vanas persecuciones, vanas desfiguraciones, falaces esperanzas.

El ideal anarquista seduce y se expande en todas partes con una celeridad tan prodigiosa que en treinta años hizo más camino que el cristianismo en trescientos.

Son millones los esclavos modernos elevados a la dignidad de hombres que en el nombre de la moral anarquista se rebelan, intentan continuamente quebrantar las cadenas, sustituyendo el grito de *caritas* de los primeros cristianos, grito que santifica la desigualdad, la explotación, por el de *justicia*.

Las persecuciones despiadadas, las viles calumnias, no hacen más que dar mayor impulso a su causa que arrastra vertiginosamente a la humanidad hacia el drama final.

¿Y cómo y cuándo estallará la huelga universal, la revolución?

No lo sabemos.

Lo que sabemos de cierto es que en los grandes centros de todo el mundo, en Francia como en Rusia, en España como en Inglaterra, en Bélgica como en Austria, en Alemania como en Holanda, en América como en Australia, en todas partes las masas de los trabajadores, unidas por secreto pacto de fraternidad y solidaridad, se agitan febrilmente impacientes por sacudir el yugo de la secular tiranía.

Innumerables son los signos que comprueban que la hora fatal se aproxima, y es por eso que recomendamos con toda la fuerza de las convicciones a aquellos que tienen sangre de rebeldes y amor a la justicia, que estén listos.

El día en que las masas de los trabajadores moralmente emancipados, obedientes a la imperiosa voz de la conciencia, bajen al campo de la lucha, las barreras entre Estado y Estado caerán como por encanto, los ejércitos se desharán como nieve al sol

y los hermanos oprimidos bajo las armas darán la mano a los hermanos oprimidos en los campos y en las fábricas.

Abolido el presente orden de cosas basado en la desigualdad, en la explotación y en el despotismo, inaugurada la era de la verdadera libertad, de la verdadera fraternidad, de la verdadera igualdad y de la verdadera solidaridad universal, en la confusión inevitable de los primeros tiempos, a muchos inexpertos habituados a obrar por impulso del amor, y a tener siempre el bozal en la boca como los animales de carga y de tiro, a hacer el oficio de máquinas humanas, les ocurrirá tal vez que se encuentran solos, sin apoyo, y desorientados como para deplorar la antigua servidumbre. Así ocurrió otras veces a los esclavos puestos de improviso en libertad.

Pero será un temor pasajero, un espanto que en toda revolución asalta inevitablemente a los que no comprenden, a los que nunca quisieron comprender la necesidad, la utilidad, el deber de estudiar las reformas que continuamente son impuestas por el progreso moral y social.

La desaparición definitiva de los innumerables explotadores, el impulso extraordinario que adquirirá la producción libremente organizada sobre la base de la perfecta solidaridad serán fuentes de tal y tanto bienestar que incluso los más escépticos, los eternos adoradores del pasado no tardarán en reponerse.

Será la nueva edad de oro, el eden legendario, el paraíso terrestre, calentado por los rayos purísimos de la anarquía.

LA VIDA AL DIA

La tragedia de siempre:
una madre ocupada; varios niños vagando;
un tranvía que pasa. La campana. Un grito.
Y un muñón de carne ensangrentado.

En la caja de pino,
entre varios parientes y amigos lo llevaron
a ese sitio tranquilo, sin rencor y sin odios
donde todos llegamos...

Era domingo, el fúnebre
entre caras de risa, pasaba al trote largo,
como una pincelada de lúgubre advertencia
por sobre el entusiasmo.

El grueso almacenero de donde se surtían
los padres del niño, su pésame les trajo;
y mientras anotaba, parsimonioso y grave,
unos cuantos encargos,
decíale a la madre, por tallar de filósofo:
"—La vida es sólo un soplo, señora, todos
[vamos
siguiendo ese camino de paz y de misterio
después de sufrir tanto"...

Un barril el abdomen de perfecto tranquilo;
los ojillos de liebre, pequeñitos, bailando;
la sonrisa fingida de todo comerciante,
seguía preguntando:

"—Señora, ¿nada más?"

PEDRO GODOY

E. DE LA BOETIE

LA ESCLAVITUD VOLUNTARIA

En esta recopilación de literatura libertaria, creemos interesante la reproducción de un ensayo de Etienne de La Boetie, escrito alrededor de 1550; se trata del trabajo titulado "De la servidumbre voluntaria", cuyo título ha servido de inspiración a muchas críticas anarquistas a la vida social y espiritual moderna. Los lectores deben tener en cuenta la fecha en que este trabajo ha sido escrito para apreciar debidamente ciertas expresiones y para no ser extremos en sus exigencias. Pero de cualquier modo coincidirán con nosotros en que estamos ante un pensamiento fecundo y ante una crítica avanzadísima, demasiado avanzada para su tiempo.

Un escritor francés, A. Vermorel, escribe lo siguiente sobre la Boetie y su obra:

"Hasta el día en que Lamennais se hizo el intérprete de los sentimientos viriles, expuestos con tanta firmeza en el "Discurso de la esclavitud voluntaria", La Boetie casi no era conocido más que de los eruditos, ante los cuales su más grande recomendación era la amistad de Montaigne hacia él. Esta amistad parecía su más hermoso, su único título de gloria. Se hablaba desdeñosamente de su libro, que se ponía algunas veces como apéndice en los "Ensayos". En estas ocasiones se tenía buen cuidado de prevenir al lector que aquél trabajo no era sino una "declamación de retórica", autorizándose para ello en que Montaigne afirmaba que este libro fué compuesto por su autor a la edad de diez y seis años y medio, consideración que no disminuye el valor a nuestros ojos.

El célebre historiador del siglo XVI, de Thou, cuya opinión es más respetable, juzga diferentemente esta obra, presentándola como una protesta valiente contra las crueldades que el condestable Anne de Montmorency cometió en Burdeos en 1548, cuando la rebelión de Guyena. Se ha combatido la opinión de Thou. Se han apoyado para esto en el argumento de que, en 1548, La Boetie, que había nacido hacia 1530, tendría unos diez y nueve años; y como ya hemos dicho, Montaigne ha escrito que había compuesto el "Discurso de la esclavitud voluntaria" a la edad de diez y seis años. Sea como quiera, hasta leer hoy la obra de La Boetie para estar seguro de que el ardor de la convicción era en su autor igual al ardor de la juventud, y que su estilo enérgico no tiene nada de común con una declamación de retórica. Además, refiriéndose a la época en que vivió La Boetie, a las pasiones que estaban entonces en efervescencia, a la corriente nueva de independencia y de libertad que circulaba por todas partes, aparece claramente la naturaleza de la inspiración a que obedeció La Boetie, y el mérito de la obra maestra que nos ha legado no puede ser por más tiempo desconocido. Su verdadero carácter le ha sido restituído, desde luego, y podemos presentarle, sin temer, como uno de los heroicos precursores de la revolución de 1789".

I

En tener varios señores ningún bien veo: Sea uno solo el amo, uno solo el rey.

Esto dice Ulises en Homero (1), hablando en público. Si no hubiese dicho más que:

En tener varios señores ningún bien veo, estaba tan bien dicho que nada más era preciso añadir; pero en vez de hablar razonablemente, dicién-

do que la dominación de varios no puede ser buena, puesto que el poder de uno solo desde que toma el título de amo es despótico y contra razón, ha añadido todo lo contrario:

Que uno solo sea el amo, uno solo el rey.

Sin embargo, en este caso hay que dispensar a Ulises, que es probable tuviese entonces necesidad de usar semejante lenguaje para apaciguar la insubordinación del ejército, conformando su propósito más al tiempo que a la verdad. Mas para hablar con fundamento, es una gran desgracia el estar sujeto a un amo del que no podemos tener seguridad de que sea bueno, puesto que le es potestativo el ser malo cuan-

do quiera; y tener varios amos es lo mismo que hallarse sujeto a ser otras tantas veces muy desgraciado. No quiero por ahora discutir esta cuestión tan manoseada: "Si las demás formas de república son mejores que la monarquía". Si quisiera llegar a esto, convendría saber, antes de poner en duda qué rango le corresponde a la monarquía entre las repúblicas, si realmente le corresponde alguno; porque es duro creer que haya nada público en ese gobierno en que todo es de uno. Pero esta cuestión es para más adelante, y pide ser tratada por separado, pues de otro modo ocasionaría disputas políticas.

Por ahora sólo quisiera saber, si es posible, cómo tantos hombres, aldeas, ciudades y naciones, sufren a veces un solo tirano que no tiene más poder que el que le dan; que no tiene poder de dañarlos, sino en cuanto se lo consienten; que no podrían hacerles ningún mal, si no prefiriesen sufrirlo a contradecirle. Gran cosa es, ciertamente, y, sin embargo, tan común, que causa asombro ver millones de hombres servir miserablemente con la cerviz bajo el yugo, obligados, no por una gran fuerza, sino encantados, a lo que parece, por el nombre de *Uno*, de quien no deben temer el poder que está solo, ni amar las debilidades, puesto que es inhumano y salvaje. La debilidad de los hombres es tal, que a menudo obedecemos a la fuerza; hay que temporizar; no se puede siempre ser el más fuerte. Así, pues, si una nación se ve obligada por la fuerza de la guerra a servir a uno, como Atenas a los treinta tiranos, no hay que asombrarse de ello, sino sentir el accidente, o mejor, ni asombrarse ni quejarse; sino llevar el mal con paciencia y esperar mejores tiempos.

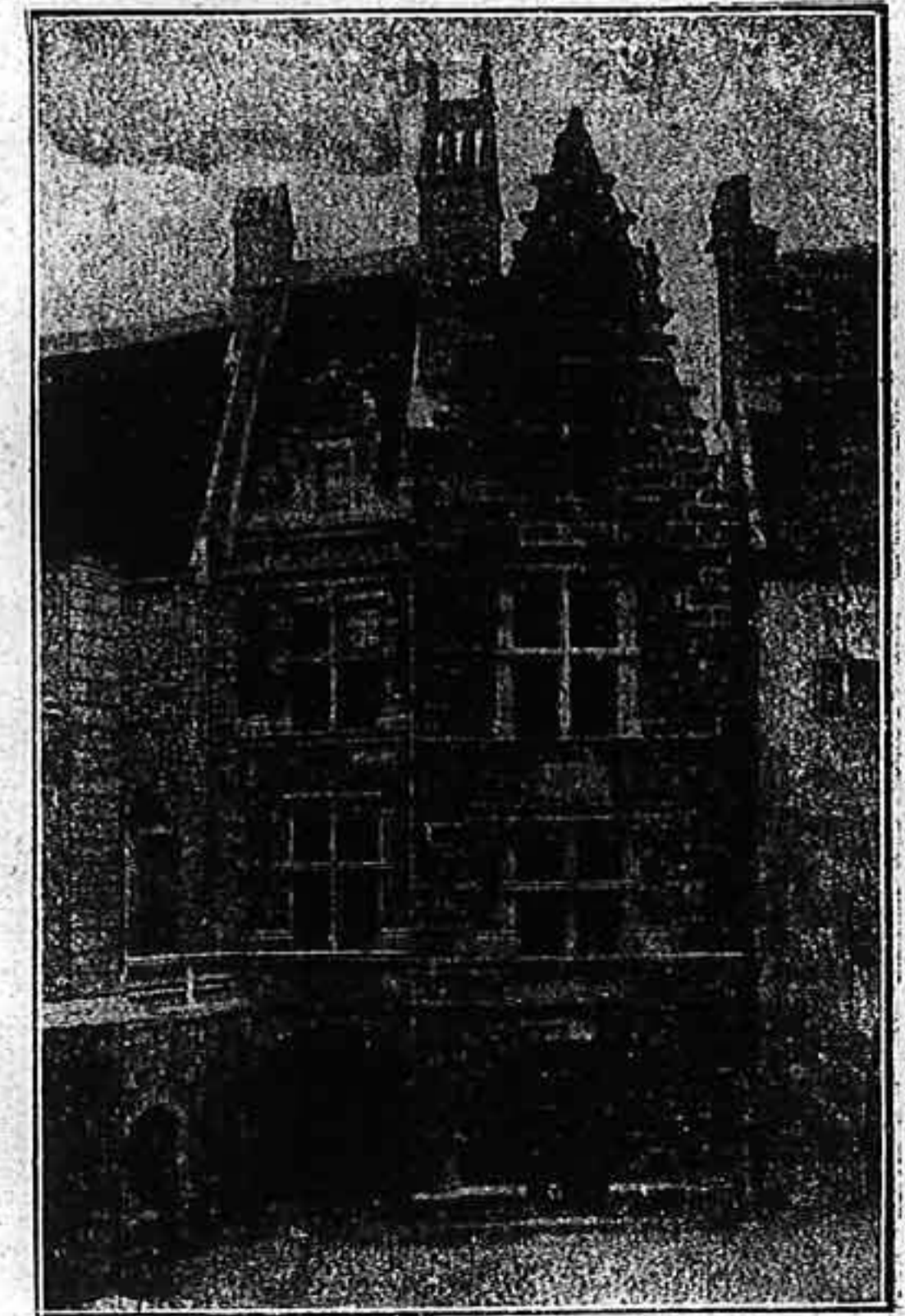
Nuestra naturaleza es así; los deberes de la amistad se llevan buena parte de la vida; razonable es amar la virtud, estimar las buenas acciones, reconocer el bien que se ha recibido y privarnos a menudo de nuestro gusto para aumentar el honor y ventajas de aquel a quien se ama y lo merece: así, pues, si los habitantes de un país encuentran un gran personaje que les ha demostrado gran previsión para guardarlos, gran valor para defenderlos, gran cuidado para gobernarlos; si desde entonces se comprometen a obedecerle, a fiarse de él y a concederle algunas ventajas, no sé si sería prudencia el quitarlo de allí donde podría hacer bien para llevarlo donde hiciera mal: pero es lógico no esperar mal de quien siempre hizo bien.

Pero, ¡oh, buen Dios! ¿Qué puede ser eso? ¿Cómo se llama? ¿Qué desgracia es esa o qué vicio? ver un número infinito que no obedecen, sino sirven; que no son gobernados, sino tiranizados; que no poseen ni bienes ni padres, ni hijos ni su vida misma! ¡Sufrir las raterías, las galanterías, las crueldades, no de un ejército ni de un campamento bárbaro, contra los que hay que verter la sangre y dar la vida, sino de ¡uno solo! no de un Hércules o de un Sansón, sino de un solo hombre, a menudo el más cobarde y afeminado de la nación; no acostumbrado a la pólvora de las batallas, sino acaso a la arena de los torneos; no que pueda mandar por la fuerza a los hombres, sino incapaz de servir vilmente a la menor mujerzuela! ¿Llamaremos a eso cobardía? ¿Diremos que los que sirven sean cobardes? Si dos, tres o cuatro no se defienden de uno, es extraño, pero es posible; pero si cien o mil sufren a uno solo, no se dirá que no se atreven con él, y esto no es cobardía sino desprecio. Si se ve, no a cientos ni a miles de hombres, no asaltar a uno solo de quien el mejor

tratado no recibe sino el mal de ser siervo o esclavo, ¿cómo podremos llamar eso? ¿Es cobardía?

Ahora bien, en todos los vicios hay un límite del cual no puede pasarse: es posible que dos, y aun diez, teman a uno; pero que miles, millones, miles de ciudades no se defiendan contra uno, no: la cobardía no llega a ello, como la valentía no llega a que uno solo escale una fortaleza, asalte un ejército, conquiste un reino. ¿Qué vicio monstruoso es este que no merece ni el epíteto de cobardía, que no encuentra nombre bastante vil para calificarlo, que la Naturaleza niega haberlo hecho y que la lengua rehusa nombrar?

Poned, de un lado, cincuenta mil hombres con sus armas, de otro, el mismo número; alineadlos en batallas: que combatan, unos libres, por su libertad y los otros por quitársela. ¿Quiénes quedarán victoriosos, quiénes trabarán con más gallardía el combate? Los que esperan como premio de su esfuerzo la posesión de su libertad o los que no aguardan al fin de la lucha más que la esclavitud de los vencidos? Unos, tienen constantemente ante sus ojos la dicha de la vida pasada y la esperanza de una igual en el porvenir; no se preocupan de lo que pueden sufrir el poco tiempo que dure la batalla, sino de lo que tendrían que sufrir para siempre ellos, sus hijos y toda su posteridad. Los otros no tienen nada que les anime, si no es la avaricia, que desaparece a menudo ante el peligro y que no puede ser tan ardorosa que no se extinga a la primer gota de sangre que brote de sus heridas. En las batallas tan famosas de Milciades, Leónidas y Temístocles, dadas dos



Casa natal de Etienne de La Boetie en Sarlat.
Dordogne

(1) *Itada*, I-II. V. 204, 205.

mil años ha y frescas en la memoria de los hombres como si hubieran sido ayer cuando se dieron en Grecia para bien suyo y ejemplo del mundo ¿qué es lo que creéis que dió a tan escasa gente como eran los griegos, no el poder, sino el ánimo de resistir la fuerza de tantos navíos que el mismo mar se asombró; de deshacer tantas naciones que el escuadrón de los griegos no hubiera dado capitanes a los ejércitos enemigos? No parece que en esos gloriosos días fuera la batalla de los griegos contra los persas, sino la victoria de la libertad contra la tiranía, de la lealtad contra el egoísmo.

Es cosa extraña oír hablar de la valentía que la libertad comunica a los que la defienden; pero lo que pasa en todos los países todos los días, es que un solo hombre domina cien, mil ciudades y las priva de su libertad ¿quién lo creería si sólo lo oyese y no lo viera? Y si no se viese esto más que en países lejanos y extrañas tierras ¿quién no pensaría que fuera más bien fingido y contrahecho relato que verdad indudable? Aun a ese solo tirano no hay que combatirle, no hay que defenderse de él: se deshace por sí mismo. Para que el país no tolere la servidumbre no hay que quitarle nada, no hay que darle nada; no es preciso que se tome el trabajo de hacer algo en beneficio suyo, sino no hacer nada en contra suya. Son, pues, los mismos pueblos los que consenten ser devorados, puesto que rechazando la esclavitud quedarían salvos de todo peligro: el pueblo es quien se hace siervo, quien se estrangula, porque pudiendo elegir entre estar sometido a ser libre, abandona la libertad y se unce al yugo; quien consiente en su mal, o mejor dicho lo persigue. Si le costase algo recobrar su libertad, no le instaría, por más que para el hombre no debe haber nada más caro que posesionarse de su derecho natural y, por decirlo así, de bestia volver a ser hombre; ni aun le concedo que prefiera la seguridad de vivir a sus anchas. ¡Qué! Si para tener libertad no hay más que desearla, quererla, ¿habrá nación en el mundo que la estime como muy cara pudiendo lograrla con su solo deseo, que no ponga su libertad en recobrar el bien que debía rescatar a costa de su sangre, bien que, una vez perdido para todos los hombres de honor, debe hacer la vida desagradable y amable la muerte? En verdad, así como el fuego de una pequeña chispa crece y cuanta más leña halla más pronto la quema, y sin necesidad de echar agua para extinguirlo, con sólo no añadir leña, no teniendo ya qué consumir, se agota lo mismo, pierde su forma y ya no es fuego, del mismo modo, los tiranos, cuando más roban, más exigen, más arruinan y destruyen: cuando más se les entrega y se les sirve, más se fortalecen, se vuelven más osados para destruirlo y anularlo todo. Y si no se les entrega nada, si no se les obedece, sin combatir, sin herir, quedan desnudos y deshechos y ya no son nada; y como raíz que no tiene savia se convierte en rama seca.

Los audaces no temen el peligro para adquirir el bien que desean. Los avisados no rehusan el trabajo. Los cobardes y embrutecidos no saben sufrir el mal ni recobrar el bien: se limitan a desearlo y la virtud de pretenderlo se la arrebató su cobardía; el deseo de tenerle les queda por naturaleza. Este deseo, esta voluntad, es común a los sabios y a los necios, a los valientes y a los cobardes, para desear aquellas cosas que una vez adquiridas, les harían dichosos y contentos; sólo hay una que no sé cómo la naturaleza no obliga a los hombres a desearla, la libertad; bien tan grande y agradable que, una vez perdido,

llegan todos los males; y los bienes que quedan tras ella pierden su gusto y sabor corrompidos por la servidumbre; sólo la libertad no es deseada, por la razón, clara, de que si la desearan la tendrían. ¡Parece que los hombres rehuyen hacer esta hermosa adquisición, sólo porque es demasiado fácil!

¡Pobres y miserables gentes, pueblos insensatos, naciones tercas en vuestro mal y ciegas para vuestro bien, dejáis arrebatado lo más hermoso y saneado de vuestra renta, arrasáis vuestros campos, robar vuestras casas y despojarlas de los muebles antiguos y familiares! Vivís de modo que no podéis decir que nada sea vuestro y aun sería gran cosa el tener a medias vuestros bienes, familias y vidas; y todo este desgaste, esta desgracia y ruina os viene, no de los enemigos, sino del enemigo; de aquel a quien habéis hecho grande, de aquel por quien vais valerosamente a la guerra, por cuya grandeza no teméis arrostrar la muerte. Ese que tanto os domina, no tiene más que dos ojos, sólo dos manos, un solo cuerpo y no tiene cosa distinta de lo que posee el hombre más infimo del infinito número de pueblos; lo que tiene más que vosotros es la ventaja que le dáis para destruirlos. ¿De dónde tomó tantos ojos con que os espía, sino de los que le disteis? ¿Cómo tendría tantas manos para heriros si no las tomara de vosotros? Los pies con que huella vuestras ciudades ¿de dónde los toma sino de los vuestros? ¿Cómo tiene poder alguno sobre vosotros sino por vosotros mismos? ¿Cómo se atrevería a llamaros a la lucha si no estuviera seguro de vosotros? ¿Qué os podría hacer si no fueseis encubridores del ladrón que os roba, cómplices del asesino que os mata y traidores de vosotros mismos? Sembráis los frutos para que él los consuma; amuebláis y llenáis vuestras casas para proveer a sus latrocinios; alimentáis a vuestras hijas para que tenga con qué saciar su lujuria; alimentáis a vuestros hijos para que los lleve, y es lo mejor que hace, a sus guerras, para conducirlos al matadero, o hacerlos ministros de su avaricia, ejecutores de sus venganzas; acostumbráis al trabajo vuestras personas para que él pueda recrearse en sus delicias y hartarse de villanos y sucios placeres; os debilitáis para hacerle más fuerte y rígido y que os tenga más corta la rienda; y de tantas indignidades, que los animales no sufrirían, podéis libraros si intentáis, no ya el libraros, sino sólo quererlo hacer. Resolveos a no servir más y seréis libres. No quiero que le golpeéis ni que le derribéis, sino simplemente que no le sustentéis más; y le veréis, como a un gran coloso a quien se quita la base, hundirse por su propio peso y quedar aniquilado. Pero los médicos aconsejan no tocar las llagas incurables, y no obro cuerda al querer aconsejar esto al pueblo que ha perdido hace mucho tiempo todo conocimiento, y, con no sentir su mal, demuestra plenamente que su enfermedad no tiene remedio; busquemos, pues, por conjetura, si es que la hay, cómo ha podido antes arraigarse esta terca voluntad de servir, hasta el punto de que ahora parece que el amor mismo a la libertad no sea tan natural.

En primer lugar está tan fuera de duda, a mi parecer, que si viviésemos con los derechos que la naturaleza nos ha dado y los conocimientos que hoy suministra, seríamos, naturalmente obedientes para con los padres, súbditos de la razón y siervos de nadie. De la obediencia que cada uno, sin más consejo que su naturaleza, tiene a sus padres, todos los hombres son testigos; cada uno en sí y para sí; de la razón, si nace o no con nosotros, cuestión debatida en el

fondo por los académicos y tratada por todas las escuelas filosóficas, por ahora pienso no equivocarme creyendo que hay en nuestra alma una simiente de razón que, cultivada por el buen consejo y costumbre da flores de virtud; y por el contrario, no pudiendo sufrir los vicios sobrevenidos, ahogada, aborta. Pero si hay algo claro y manifiesto en la naturaleza, en que no sea dable hacerse el ciego, es esto: Que la naturaleza, ministro de Dios, y guiadora de los hombres, nos ha hecho a todos de la misma forma y según parece en el mismo molde para reconocernos todos por compañeros o más bien por hermanos; y si al reparar los presentes que nos hace, ha dado alguna ventaja de bienes en el cuerpo o en el alma a unos más que a otros, no ha querido por ello colocarnos en este mundo como en campo cercado y no ha enviado aquí a los más fuertes y avisados para que como bandidos armados en un bosque destruyan a los más débiles; más bien debemos creer que, al dar a unos partes mayores que a otros, quiso dar ocasión para que el afecto fraternal pudiera emplearse, teniendo unos poder de dar ayuda y los otros necesidad de recibirla.

Puesto que esta buena madre nos ha dado a todos figura en la misma materia, a fin de que cada uno pueda mirarse y casi reconocerse en el otro; si a todos en general nos ha dado el hermoso don de la palabra para conocernos mejor y fraternizar más fácilmente y hacer por la mutua expresión de nuestros pensamientos una comunión de las voluntades respectivas; si ha tratado de estrechar y apretar más el nudo de nuestra alianza y trato; si ha demostrado en todo que no quería tanto hacernos a todos unidos como a todos unos; no hay que dudar de que somos todos compañeros y no cabe en el entendimiento de nadie que la Naturaleza haya colocado a alguno en la esclavitud habiéndonos puesto a todos juntos.

Pero de nada sirve discutir si la libertad es natural, puesto que se puede tener a alguno a menfudo en esclavitud sin perjudicarle y que no hay nada en el mundo tan contrario a la Naturaleza (siendo todo razonable) como la injuria. Queda, pues, que decir, que la libertad es natural y que no sólo hemos nacido en posesión de ella, sino con ardor para defenderla. Ahora bien; y si por casualidad tenemos duda de esto y nos bastardeamos tanto que no podemos reconocer nuestros bienes ni vuestras sencillas afecciones, será preciso que os haga el honor que merecéis y que suba, por decirlo así, las bestias a la cátedra para enseñaros vuestra naturaleza y condición. Los animales (¡Dios me ayude!) si los hombres no se hacen los sordos, les gritan: ¡Viva la libertad! Varios hay entre ellos que mueren en seguida que son aprisionados, como el pez, que pierde la vida al abandonar el agua; otros, al dejar la luz no quieren sobrevivir a su natural independencia. Si los animales tuviesen entre sí rangos y privilegios, harían, a mi parecer, de la libertad su nobleza. Otros, también, desde los más grandes hasta los más pequeños, cuando se les cautiva resisten tanto con las uñas, los cuernos, las patas o el pico, que declaran perfectamente cuánto estiman lo que pierden; luego, aprisionados, nos dan tantas muestras del conocimiento que tienen de su desgracia, que es hermoso ver cómo desde entonces más bien languidecen que viven; que continúan su vida más para llorar el bien perdido que para complacerse en la esclavitud. ¿Qué otra cosa quiere decir el elefante que, habiéndose defendido tenazmente, y a punto de ser aprisionado,

cierra sus quijadas y rompe sus colmillos contra los árboles, sino que el gran deseo que tiene de continuar libre, como nació, le da ingenio y le induce a tratar con los cazadores para que sea libre mediante el precio de su marfil, ofrecido como reccate de su libertad? Damos de comer al caballo desde que nace para reducirle a la esclavitud y no sabemos halagarle tanto al domarle que no muerda el freno y se encabrite contra la espuela, como para demostrar a la Naturaleza, y atestiguar, que si sirve, no es por su gusto, sino por imposición nuestra. ¿Qué hay que decir, pues? *Aun los bueyes, bajo el peso del yugo, gimen, y los pájaros, en la jaula, se quejan*, como dije en otra parte perdiendo el tiempo en rimarlo; porque no temo, ¡oh Longa! mezclar aquí mis versos, que no leo jamás, y que aunque aparentas alegrarte con ellos no me envanece. Puesto que todas las cosas sensibles, desde que lo son, sienten el mal de la dependencia y corren tras la libertad; puesto que los animales, aun los creados para daño del hombre, no pueden acostumbrarse a servir sin protesta de un deseo contrario, ¿qué desgracia ha podido desnaturalizar tanto al hombre, único nacido, en verdad, para vivir libremente, que le ha hecho perder el recuerdo de su primer ser y el deseo de recobrarlo?

BIBLIOGRAFIA

PROF. FERDINAND TOENNIES. — Desarrollo de la cuestión social. Trad. de Manuel Reventós. Editorial "Labor", Barcelona-Buenos Aires, 184 págs. en 8°. Con 16 láminas. Precio, \$ 2.—

Entre las modernas colecciones de vulgarización científica y filosófica, la "Colección Labor" ocupa en español uno de los primeros puestos. Se trata de una serie de pequeños volúmenes bien seleccionados sobre distintas disciplinas del pensamiento, generalmente accesibles a la gran masa de los aficionados al estudio y a la lectura seria. Predomina en esa colección la literatura alemana universitaria, con lo cual está hecho su elogio e involucrada la objeción que podríamos hacerle.

El libro del profesor Toennies sobre el desarrollo de la cuestión social no es propiamente un libro de historia, ni una tesis en favor de tal o cual tendencia, sino una síntesis del gran asunto que encierra su título. La cuestión social contiene tres elementos: el económico, el político y el espiritual. De acuerdo a eso el profesor Toennies nos describe la cuestión social en Inglaterra, en Francia y en Alemania, dedicando un breve capítulo a España y a las evoluciones de la postguerra en los principales países.

Es una obra de iniciación cultural recomendable sobre todo por la gran serie de problemas que esboza y por lo que estimula a profundizar las cuestiones apenas aludidas en sus páginas.

M. LUDWIG SCHLESINGER. — El Estado de los soviets. Trad. Manuel Pedroso. Editorial "Labor". 169 págs. Precio, \$ 2.—

El propio autor habla así de este libro: "Debido a exigencias del trabajo profesional, la exposición, co-

mo otros estudios anteriores, se basa tan sólo en colecciones legislativas, y en la actividad de los órganos del poder central, renunciando de antemano a toda polémica con las opiniones contrarias. No desconoce el autor el modo de pensar de los emigrados rusos. Pero le convence tan poco, como aquellas publicaciones de otros científicos, en íntimas relaciones con el gobierno de los soviets. Esta obra pretende evitar todo maliz político. La experiencia de decenios demuestra que en Rusia la existencia de las leyes no es equivalente a su aplicación práctica. Por eso las siguientes páginas tratan de exponer tan sólo el derecho vivo, recalcadísimo, y concretamente la vida constitucional, tal como era en diciembre de 1927, después de la reunión del XV congreso del Partido comunista de la Unión soviética. De aquí que sólo trate de reflejar lo característico de la vida política tal como se expresa en la realidad, sin seguir el sistema de la doctrina bolchevista, y sin rechazar, como absurdas, las opiniones contrarias. Este breve libro no es una crítica del orden político ruso, ni pretende dar consejos para su reforma. El pueblo ruso, cuya fuerza plasmadora de Estados revela la historia, sabrá encontrar por sus propias fuerzas el camino a seguir".

El estudioso de los asuntos rusos, y a esa categoría pertenece media humanidad, de todas las clases y partidos, tiene en este volumen una buena guía para la comprensión del aparato estatal y administrativo ruso, comprensión que es tan necesaria para los amigos como para los adversarios de esa nueva forma de estatismo. En español, donde se ha escrito tanto sobre Rusia, por conocedores y por no conocedores, este libro es uno de los primeros trabajos objetivos que no pretende hacernos bolchevistas ni antibolchevistas, sino presentarnos la estructura de los soviets tal como es.

CAMILO BERNERI. — *Lo spionaggio fascist all'estero.* Un vol. de 91 pág en 80 — M. S. I. L., Marseille. Precio: 0. 50 centavos.

El compañero Berneri ha resumido en estas páginas sus experiencias del destierro con el espionaje fascista, asuntos de que la gran prensa se ha ocupado en su oportunidad, especialmente en ocasión del drama del Boulevard Magenta. Páginas negras que nosotros no conocíamos en detalle, pero sí en líneas generales y cuya lectura recomendamos vivamente a los antifascistas y a nuestros propios camaradas, tantas veces demasiado ingenuos y pueriles como para no distinguir el oro del oropel, la verdad de la simulación. Ya es más de una tragedia la que ha ocurrido por obra del espionaje fascista en el exterior; sabemos de la existencia de seres envilecidos que operan por treinta dineros de Judas como provocadores y confidentes en las filas de los enemigos del fascismo. Es muy difícil señalarles con seguridad, con pruebas palpables, pero un poco de sentido común y de experiencia valen para discriminar relativamente las cosas. Y el librito de Berneri viene a propósito para dar una voz de alerta a los incautos.

A. D. CARLO. — *Reflexiones de un obrero.* — Un vol. de 156 págs. Edit. Tor, Bs. Aires.

Hemos recibido este pequeño volumen de reflexiones de un proletario sobre los mil hechos cotidianos

que incitan a pensar y a deducir a los que tienen capacidad e inteligencia para ello. Naturalmente, un obrero que se eleva espiritualmente por encima de la rutina del trabajo y se esfuerza por salvar su dignidad, tiene que coincidir con nosotros en la crítica social y en las aspiraciones finales. Y el autor coincide en efecto con nosotros.

Biblioteca Popular "Emilio Zola" — Santa Fe — Esbozo histórico de su desarrollo, Santa Fe, 1929, 16 páginas.

PUBLICACIONES NUESTRAS

Trudy i Misly, año I, N.º 1, marzo de 1929, Sofia (Bulgaria). Hemos recibido el primer número de este nuevo vocero anarquista búlgaro, una revista de 32 páginas, sucesora espiritual de *Natchov*. Los amigos búlgaros no se dan por vencidos y manifiestan su firme decisión de resistir a la reacción. A ellos nuestra solidaridad y nuestra palabra de aliento.

Acción Libertaria, Año I, N.º 1, correspondiente a la segunda quincena de abril, Montevideo (dirección, P. Minotti, calle Yi, 1771, Montevideo).

Luz y Acción, periódico libertario. N.º 1, febrero de 1929; N.º 3, marzo, Guayaquil (Ecuador); "precio voluntario — sale cuando puede". (Dirección: Alejandro Atienza, calle Pedro Carbó y Roca, número 104, Guayaquil).

Iniciales, revista ilustrada de educación individual. N.º 2, marzo 1929, Barcelona. Con originales de Han Ryner, González Vivas, Adolfo Ballano, Elías García, Antonio Maymon, etc., etc.

EDITORIAL "LA PROTESTA"

NUEVAS EDICIONES

- Eliseo Reclus: **LA ANARQUIA Y LA IGLESIA** 0.10
- Anselmo Lorenzo: **EL DERECHO A LA EVOLUCION** 0.10
- Juan Crusao: **CARTA GAUCHA, séptima edición** 0.10
- P. Kropotkin: **A LOS JOVENES L. Fabbri: ¿QUE ES LA ANARQUIA?** 0.10
- D. A. de Santillán: **LA JORNADA DE SEIS HORAS, tercera edición** 0.10
- Ana María Mozzoni: **A LAS HIJAS DEL PUEBLO** 0.10
- Eliseo Reclus: **A MI HERMANO EL CAMPESINO** 0.10

De estos folletos hay ediciones económicas a \$ 2, 2.50 y 3 el cien para la distribución gratuita por grupos, sindicatos y compañeros.

La iglesia y los ricos

Santo Tomás de Villanueva. — ¿Hay mayor ladrón que el que pretende usurpar las cosas naturalmente comunes? ¿Qué ruina no proviene ahí para el pueblo? ¿De dónde le viene tanta necesidad, tanta hambre, sino de esa manera de proceder? ¿Pensamos, por ventura, que Dios no creó campos fértiles y suficientes para todos, y que, multiplicados los hombres, no basten para nutrirlos? No, no; proveyó sufiientemente a todos; únicamente de la avaricia procede el mal que lamentamos, pues como uno recoge en su troj cien mil cuartillos, los otros tienen necesariamente que padecer hambre, y como uno abunda en bienes, los otros se hallan faltos de ellos; si todos tomasen lo suficiente, todos tendrían lo necesario. La riqueza excesiva de éstos es causa de la pobreza de aquéllos. La opípara mesa, los suntuosos y múltiples vestidos y la opulencia fastuosa de éstos, produce en el pueblo escasez. ¿Cómo no? ¿No bastarían mil carros de peces para abastecer a todo un pueblo? Pero un abastecedor lleva todos los peces a la despensa del rico. . . . Luego, ¿no es enemigo público el que hace tanto mal al pueblo? ¿no es ladrón oculto el que intenta usurparlo todo?

San Atanasio. — Los que amontonan más bienes de los que necesitan para comer, beber y vestirse, padecerán el mismo juicio que los asesinos.

San Clemente de Alejandría. — Es absurdo e incomprensible que un hombre viva en el lujo y el deleite mientras otros muchos padecen hambre.

San Jerónimo. — Si tienes más de lo necesario para comer y vestir, distribúyelo.

San Juan Crisóstomo. — No disminuyas la vida del pobre despojándole de su haber, pues el que despoja a otro toma cosas ajenas.

San Basilio. — Ese pan que guardas es de los que tienen hambre, ese vestido que reservas es de los que viven desnudos, esos zapatos que dejas enmohecer son de los que andan descalzos, esa plata que amontonas es del que carece de dinero. Perjudicas al prójimo en la cantidad que puedes darle y no le das.

San Agustín. — Lo superfluo de los ricos es lo necesario de los pobres. Bienes ajenos se poseen cuando se poseen bienes superfluos.

San Gregorio. — La tierra es propiedad común de todos los hombres, y, por eso, produce elementos de vida para todos. En vano, pues, se juzgan inocentes los que acaparan los dones comunes de Dios. No dando lo que han recibido se hacen reos de la muerte de su prójimo, pues cometen cada día tantos asesinatos como pobres mueren por no haber recibido de ellos los socorros que se guardan para sí. En efecto, cuando distribuimos lo necesario entre indigentes, les damos lo que es suyo antes que hacerles merced de lo que es nuestro; cumplimos con ellos un deber de justicia más que un deber de misericordia.



LUISA LALLANA



El 8 de mayo se ha cumplido el primer aniversario del asesinato de Luisa Lallana, en Rosario, por un romp-huelgas.

Ese acontecimiento dió el sello característico a todo un año de agitación en la segunda ciudad de la república y ha marcado un comienzo de reorganización gremial y de repunte de las actividades proselitistas. El sacrificio de aquella vida joven ha sido doloroso y ha impresionado e indignado a todo el proletariado del país, pero los trabajadores de Rosario no vacilaron en la respuesta debida a los provocadores y se ha hecho comprender de un modo elocuente que no se puede jugar todavía tan impunemente con la vida de los combatientes del porvenir.

Luisa Lallana sigue siendo un símbolo viviente de la revolución y de la lucha proletaria. Aleñtados por su memoria, continuemos activando con pleno entusiasmo por la implantación de un régimen social en que la lucha del hombre loco del hombre será sustituida por la colaboración y la solidaridad fraterna.

Libros y folletos publicados por la Editorial LA PROTESTA

MAX NETTLAU.—

"Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España" 1886-1873	\$ 0.50
Edición especial, papel pluma	" 1.—
Encuadernado en tela	" 2.50
"Errico Malatesta". — La vida de un anarquista. Traducción de Diego Abad de Santillán	" 1.20
Edición especial, papel pluma	" 2.—
Encuadernado en tela	" 3.50
"Fernand Pelloutier y el sindicalismo"	" 0.15

RUDOLF ROCKER.—

"Johann Most, la vida de un rebelde". Prólogo de A. Berkman. Dos tomos. Precio de cada tomo	" 1.50
"La maldición del practicismo"	" 0.10

RUDENKO.—

"En Ucrania. — La sublevación popular y anarquista". — Trad. del ruso por J. Company	" 0.15
--	--------

JAMES GUILLAUME.—

"Miguel Bakunin" (Noticia biográfica)	" 0.20
---	--------

MIGUEL BAKUNIN.—

(Obras Completas)

I "La Revolución Social en Francia". — Tomo primero. Prólogo de Max Nettlau. Traducción de D. Abad de Santillán	" 1.50
II "La Revolución Social en Francia". — Tomo segundo. Prólogo de Max Nettlau	" 1.50
III "Consideraciones filosóficas". — Prólogo de Max Nettlau	" 1.50
IV "Dios y el Estado". — Prólogo de Max Nettlau	" 1.50
Los mismos, encuad. en tela ..	" 3.50

ERRICO MALATESTA.—

"Anarquía"	" 0.20
"En el Café". — Traducción de D. A. de Santillán. Prólogo de L. Fabbri ..	" 0.30
"En Tiempo de Elecciones"	" 0.10

PEDRO KROPOTKIN.—

"Palabras de un Rebelde"	" 1.—
"Conferencias. I) El Estado, su rol histórico. — El Estado Moderno" ..	" 0.50
Encuadernado en tela	" 1.50
"A los jóvenes"	" 0.10

LUIS FABBRI.—

"Cartas a una mujer sobre la anarquía"	" 0.50
Encuad. en tela	" 1.50
"Influencias burguesas sobre el anarquismo"	" 0.20

C. LOMBROSO y R. MELLA.—

"Los anarquistas" (Estudio y réplica) ..	" 1.—
--	-------

NIDO, ROCKÉR y NEMO.—

"Nacionalismo y anarquismo"	" 0.20
-----------------------------------	--------

SEBASTIAN FAURE.—

"Mi Comunismo" (La felicidad universal)	" 2.—
Encuadernado en tela	" 3.50
"Temas Subversivos"	" 1.50

También se vende en folletos, a 10 centavos cada uno, con los siguientes títulos:

La falsa redención. — La dictadura de la burguesía. — La patria de los ricos. — La po-
redumbre parlamentaria. — La moral oficial y... la otra. — La mujer. — El niño. — Las familias numerosas. — Los oficios odiosos. — Las fuerzas de la revolución. — La conmoción revolucionaria. — La verdadera redención.

J. DEJACQUE.—

"El Humanisterio". — Prólogo de Max Nettlau y Eliseo Reclus	" 0.50
---	--------

WILLIAM MORRIS.—

"Noticias de ninguna parte"	" 1.—
-----------------------------------	-------

NICOLAI GOGOL.—

"Almas Muertas" (2 tomos)	\$ 2.—
---------------------------------	--------

ELISEO RECLUS.—

"A mi hermano el campesino"	" 0.10
"La anarquía y la iglesia"	" 0.10

JUAN CRUSAO.—

"Carta Gaucha". 7.ª edición	" 0.10
-----------------------------------	--------

D. A. DE SANTILLAN.—

"La jornada de seis horas". — Sobre el desenvolvimiento técnico y su influencia en el mercado del trabajo ..	" 0.10
--	--------

AGUSTIN SOUCHY.—

"La Ucrania revolucionaria". (Resultado de un viaje de estudio desde el mes de abril a octubre de 1920) ..	" 0.30
--	--------

S. RADOWITZKY.—

"La voz de mi conciencia"	" 0.10
---------------------------------	--------

VARIOS.—

"Certamen Internacional de LA PROTESTA". — Un volumen en 4.º, encuadernado en tela	" 2.—
--	-------

ANSELMO LORENZO.—

"El derecho a la evolución"	" 0.10
-----------------------------------	--------

ANA M. MOZZONI.—

"A las hijas del pueblo"	" 0.10
--------------------------------	--------

JOHANN MOST.—

"La Peste Religiosa"	" 0.10
----------------------------	--------